

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 20. — N° 418.

Administracion general, passage Saunier, núm 4, en Paris.

SUMARIO.

Recepcion en Yeddo; grabado. — Leyendas de un alma triste. — Sidi-Ferruch; grabados. — Estatua de Weber en Dresde; grabado. — Entrada del enviado prusiano en Yeddo; grabado. — Revista de Paris. — A un águila. — El conejo. — Los Campos Eliseos de Madrid. — Ex-

pedicion de China; grabados. — Una historia inglesa. — La entrada del puerto del Havre; grabados. — La luz y las fotografías. — Batería flotante austriaca delante de Venecia; grabados. — Una cacería en el Libano. — El día de Año nuevo en la China; grabado. — Salida de Marsella de los restos mortales de la duquesa de Alba; grabado.

Recepcion en Yeddo.

Nuestro primer dibujo de este número representa la audiencia solemne de M. Duchesne de Bellecourt, cónsul general de Francia en Yeddo, para entregar las credenciales que le acreditan en calidad de encargado de negocios cerca de la córte de Yeddo.

M. Duchesne de Bellecourt fué conducido con mucha



RECEPCION DE M. DUCHESNE DE BELLECOURT POR EL TAICUN EN YEDDO, EL 6 DE SETIEMBRE DE 1860.

No 5 Martines

ompa al palacio en un palanquin; y despues de atravesar algunas salas llenas de oficiales arrodillados, fué introducido en un salon de una riqueza maravillosa.

En otro salon contiguo, un poco mas alto que el primero, se hallaba en una especie de estrado cubierto de terciopelo negro el taicun ó emperador del Japon. S. M. llevaba el mismo tocado de ceremonia que sus cortesanos, y una ancha vestidura de seda azul con dibujos variados, cuyas vastas mangas le cubrian enteramente las manos; sentado en un sillón que los pliegues de los vestidos ocultaban á la vista, se hallaba rodeado de los oficiales de la guardia de honor, con una rodilla hincada en tierra y la mano apoyada en el sable.

El taicun apenas tiene diez y seis años, pero su robusta constitucion le hace parecer de mas edad.

M. Duchesne de Bellecourt fué introducido, y explicó en pocas palabras y en la forma de costumbre el objeto de su mision; despues habiendo recibido una respuesta afable del taicun, entregó al primer ministro, que se adelantó á recibirlas, las credenciales de S. M. I. El primer ministro dejó el papel en una mesita colocada con ese fin á pocos pasos del trono, y el taicun hizo una ligera inclinacion de cabeza, con lo cual se dió la audiencia por terminada.

— Por la misma época (setiembre) el enviado prusiano hacia su entrada solemne en la capital del Japon. Tambien damos un dibujo de esta ceremonia. (Véase la página 21.) E. T.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

EL HERMANO LORENZO.

(Continuacion.)

VII.

Algunas semanas despues, en los círculos de la sociedad, con gran misterio y revestido de mil incidentes, se contaba que la princesa Ana, separada de su marido hacia años y á quien se creia muerta, habia llegado al puerto en una nave veneciana, armada y tripulada por su cuenta, que habia estado cuarenta y ocho horas anclada en el puerto; que la mañana siguiente de la llegada del buque, el duque de Camfaris, marido de la princesa, y cuyo paradero se desconocia, habia sido recogido herido mortalmente en las puertas del convento de San Agustin: que los padres le habian albergado, y que despues de restablecido habia dejado á Barcelona, dirigiéndose en peregrinacion á la Tierra Santa.

Aseguraba la multitud que el que le hirió era un italiano que habia venido en su seguimiento acompañado de otra persona: que á pesar de su larga capa y de su ancho sombrero, revelaba en todos sus movimientos no estar acostumbrado á calzar espuelas, ni á ceñir la espada que arrastraba por el suelo.

La maledicencia atribuia aquella venganza á su esposa la princesa Ana; pero como no hubo homicidio y la princesa habia seguido inmediatamente el viaje en su buque sin direccion fija, la justicia no tomó providencia ninguna.

La historia fué pues desvaneciéndose, y al mes nadie se acordaba ya de aquella misteriosa tragedia.

Sin embargo, los padres agustinos, con este motivo, estudiaron detenidamente la situacion del herido que tenian en su morada; y cuando convaleciente dejó la cama, si en la ciudad se susurraba una novela, medio verdad y medio cuento, los padres sabian una historia exacta con todos sus antecedentes; sabian de dónde venia el buque veneciano, qué clase de gente era la que tripulaba, con qué fin llegó á Barcelona, la hora en que la princesa Ana dejó el buque, á dónde pasó la noche, á qué volvió á bordo, porqué se hizo con tanta prontitud á la vela y otras mil circunstancias y pormenores.

Los frailes habian averiguado quién era el hombre á quien daban hospitalidad, y hasta la forma del hierro con que se habia decidido matarlo á la puerta del convento... La mano poderosa de la orden, á pesar de su humildad, defendia á aquel desgraciado, y la lucha con los padres del convento era expuesta, por muy fuertes que fueran los enemigos que se atreviesen á desafiar su poderío.

VIII.

En una de las esquinas del gran patio de San Agustin, delante de los llorones que rodeaban la fuente, y de un nogal contemporáneo del siglo XVI, caian las enrejadas ventanas de una habitacion cuadrilátera, cuya puerta formaba juego con la del reverendo padre prior.

En aquella celda, la mas modesta del convento, vivia un hermano de mediana estatura: su frente era ancha y elevada, sus ojos penetrantes, su nariz aguileña, la barba oscura y poblada que principiaba á encanecer, sus dientes separados y blancos; la austeridad y la penitencia continua le tenian pálido y consumido; el dolor profundo devoraba el alma de aquel hermano que estaba siempre pensativo y melancólico.

Su boca nunca sonreia: sus ojos no se levantaban jamás del suelo. Llevaba regularmente inclinada la cabeza y cruzados los brazos sobre el pecho. Su vestido era un sayal de paño pardo atado al cuerpo con una cuerda de cáñamo; sus sandalias eran de esparto, y hacia tres años que las ropas de hilo no tocaban al cuerpo de aquel hombre, que oraba durante el dia y la mayor parte de las horas de la noche, cerrando en ella dos horas solamente los ojos al sueño sobre una cama de tablas de co-

lor de plomo, cuyo abrigo era una espesa manta doblada en cuatro, en invierno y en verano.

Al lado del lecho habia un Crucifijo de ébano con una pequeña concha para agua bendita: frente de una de las ventanas un órgano con papeles de música, y en un rincón una mesa con un jarro de agua; junto á la reja dos sillas de roble; al lado del lecho otra de cuero; una banqueta delante del órgano, y escondida debajo la cama, una cajita de hierro como de media vara, con una inscripcion imperceptible en la cubierta.

Este era el ajuar de aquel hermano, que no era otro sino el hombre herido en la puerta del convento, conocido en el mundo con el título de duque de Camfaris, y en el convento por el hermano Lorenzo.

Era el buen hermano de una dulzura angelical; de una paciencia sin límites; de una caridad tan grande, que era, por decirlo así, asilo de todas las desgracias y sinsabores de los humildes frailes de la comunidad.

Si alguien lloraba, el hermano Lorenzo enjugaba sus lágrimas. Nadie cuidaba á los enfermos sino el hermano Lorenzo; la sopa de los pobres la repartia el hermano Lorenzo; la iglesia en los dias de fiesta la adornaba el hermano Lorenzo; el jardín y la huerta los cuidaba el hermano Lorenzo; él habia ordenado los libros de la biblioteca; él tocaba el órgano en los dias solemnes, y sus armonías sagradas enternecian á los fieles. El hermano Lorenzo era el alma del convento y el amigo íntimo del padre prior, que frecuentemente iba á distraer de sus lúgubres meditaciones á aquel espíritu extraordinario, que tenia profundo conocimiento del mundo y del corazón humano, y del cual todos hablaban maravillados de sus virtudes y de su humildad, sin que nadie de la poblacion le hubiera visto nunca ni en las puertas de la iglesia, ni en las calles, por grande que hubiese sido la fiesta, y por necesaria que se hubiese hecho la presencia de los hermanos.

«Vine á enterrarme en esta santa casa; estoy bajo la losa del sepulcro; si el mundo sabe de mí, yo no quiero saber del mundo,» decia frecuentemente.

Segun pasaban los años su carácter iba haciéndose mas taciturno: ya ni la voz amorosa del padre prior le sacaba de su triste silencio: solo con el órgano de su celda se entendia aquella alma infeliz y desgarrada.

A la caída de la tarde estudiaba las armonías que habia de ejecutar los domingos en el coro de la iglesia, y entonces los padres y los novicios rodeaban la fuente del jardín, y debajo de los tilos y castaños frente de su ventana, oian embelesados los acordes majestuosos y los cantos de ternura con que aquella divina inteligencia llegaba al corazón de los que lo admiraban enternecidos.

Hacia ya seis años que aquel hombre extraordinario vivia siendo objeto del amor y veneracion de la comunidad, sin que nadie, absolutamente nadie, hubiese venido á las puertas del convento á preguntar por su humilde persona.

Parecia que aquella alma habia nacido de la soledad y vivido siempre en ella. Jamás se abrian sus labios para preguntar; y tampoco nadie se atrevia á interrumpir la reserva fiera de aquella criatura entregada á la penitencia y enferma de tanto silicio y oracion.

Una tarde el cielo estaba encapotado: el viento, sacudiendo las copas de los árboles, silbaba con furia por entre los huecos y rendijas de las ventanas que daban al jardín; la lluvia azotaba los cristales; los truenos retumbaban en la espaciosa nave de la iglesia, y la luz de las centellas alumbraba á intervalos la oscuridad de la celda del hermano Lorenzo, que hacia diez dias no salia de ella, postrado por la fiebre que le devoraba.

La tormenta alejaba á los padres y á los novicios del jardín; los claustros estaban solitarios, y la comunidad en el coro rezaba el trisagio á santa Bárbara, para conjurar la terrible tempestad que asolaba los campos y echaba á pique los buques anclados en el puerto, arrancándolos de sus amarras y estrellando muchos de ellos contra la muralla y las peñas que defienden el fuerte.

Todo era soledad al rededor del hermano Lorenzo, y con la tormenta caian lúgubrememente las sombras de la noche, cuando aquel infeliz se sentó en su órgano y entonó un himno á la Virgen.

— ¡Dios mio, consuélame! dijo luego arrasados sus ojos en lágrimas.

Eran las primeras que aquella alma fuerte derramaba desde su entrada en el convento.

— ¡Dios mio! repitió melancólico: ¡siento la muerte que aprieta cruelmente mis entrañas!

¡Señor! se va á cumplir tu voluntad; ¡ay! ¡jamás la verán mis ojos! y como poseido de un salvaje delirio, se sentó en el órgano y cantó débil y con dolor profundo:

Odi d'un uom che muore,
Odi l'estremo suon,
Questo appassito fiore,
Ti lascio Elvira in don.
Quanto prezioso sia
Tu dei saperlo appien;
Il dì che fosti mia,
Te l'involaí dal sen.

Simbolo allor d'affetto,
Or pegno di dolor,
Torna a posarti in petto
Questo appassito fior.
E avrai nel cor scolpito,
Se duro il cor non è,
Come ti fu rapito,
Come ritorna a te...

Habia apenas acabado el canto, sin poder contener sus lágrimas, pálido como un cadáver, y temblando con el

frio de la fiebre, cuando entró apresuradamente en la celda el padre prior, y le dijo conmovido:

— Hermano Lorenzo, ¿no ve que la muerte puede sorprenderlo sentado en el órgano? ¡qué canto es ese tan lúgubre que he oído de lejos y que inunda de lágrimas sus ojos?

El hermano Lorenzo se levantó de su asiento y cayó sin fuerzas en los brazos del prior.

— Padre mio, le dijo, es mi último recuerdo del mundo... es la historia de todos mis recuerdos, de todas mis alegrías, de todas mis penas, de todas mis desgracias... ya no la oiré nunca de sus labios benditos. ¡María! ¡María!... lo caíta mi moribundo labio esta noche tremetida, porque siento que la muerte me tiende sus brazos; ¡cuánto tiempo la he llamado!... ¡cuán tarde ha venido!... pero al fin viene, ¡gracias á Dios!...

Padre mio, mi labio jamás os ha revelado el secreto de mis terribles dolores... habeis oido la historia del esposo infeliz, no la del hombre á quien el amor y la ingratitud de una mujer encerró en este santo recinto á buscar en la soledad y en la penitencia el olvido de todos sus recuerdos.

¡Dios mio! ¡Dios mio! seis años he orado de dia y de noche, y ni una lágrima, ni un suspiro se ha escapado nunca á mi corazón, cuya herida ha estado siempre abierta y brotando sangre; sin que la oración, la penitencia ni la enfermedad hayan podido jamás cerrarla.

Era la voluntad de Dios... muero, padre mio, mártir, desgraciado, como el dia que entré en el convento, devorado por los recuerdos de la mujer á quien he adorado y bendecido, y que bendigo todavía á cada minuto, cuando apenas percibo la imágen del Crucificado que tengo delante de mis ojos.

Voy á morir, padre mio... esta llave es de ese cofre de hierro que está debajo de las tablas, que durante tantos años me han servido de lecho... dentro hay unas cartas borradas con mis lágrimas; cuando me cobijé en la caja mortuoria al encerrarme en el sepulcro, póngalas su paternidad bajo la cruz de oro que cuelga sobre mi corazón; quiero que me acompañen en mi eterna noche; y Dios bendiga á la pobre María, si aun vive en este valle de lágrimas... ¡Dios la bendiga!...

La mano temblorosa del moribundo puso una llavecita de oro entre las del prior, y besándolas con santa ternura y con el frio de la muerte, dejó caer en ellas su helada cabeza, y expiró...

Los padres de San Agustin, acabado el trisagio, entraron en la celda del hermano Lorenzo: la tempestad sacudia los árboles, y el agua seguia azotando los cristales de la reja.

El infeliz no existia ya, y aun rodaban dos lágrimas de sus ojos entreabiertos; y su boca pálida sonreia con la dulzura de la paciencia y de la resignacion con que habia vivido.

Los padres, poseidos del mas vivo sentimiento, entonaron el *De profundis*... durante la noche rodearon su lecho y cubrieron de flores el cadáver de aquel desgraciado, que habia sido seis años consecutivos el amparo y consuelo de los afligidos.

El prior bajó á brar al pie del altar mayor: y á las cuatro de la mañana volvió á la celda.

El cuerpo exánime del hermano Lorenzo estaba sobre las tablas de la cama, colocado en un sencillo ataúd, vestido con el mismo hábito de lana parda que habia llevado durante seis años.

La muerte no habia descompuesto aquella noble y generosa fisonomía, que parecia dormir fatigada de sus penas.

El padre prior se sentó, y habiendo puesto el cofrecillo de hierro sobre las tablas del lecho, lo abrió para cumplir religiosamente la última voluntad del hermano Lorenzo.

Dos paquetitos de cartas atados con cordones negros, un rizo pequeño de cabellos y una flor seca y descolorida por los años y por las lágrimas era cuanto encerraban.

Sin desatarlas, como el moribundo le habia encomendado, colocó el prior las cartas sobre el corazón del cadáver, y besándole la frente se arrodilló á su lado, donde permaneció orando por su alma hasta la salida del sol.

A esa hora, el canto fúnebre anunció á su paternidad que era llegado el momento de las honras.

El guardián cerró el ataúd y le entregó al prior la llave como de costumbre. Se le condujo luego á la iglesia, donde se celebró una gran misa de requiem. La multitud llenaba la espaciosa nave; muchas lágrimas se derramaron sobre el féretro coronado de flores.

A las once de la mañana, al ser conducido en hombros de los frailes al panteón del convento, donde se lo debia dar sepultura y entonar el último salmo de David, se abrió por última vez el ataúd: todos quisieron besar las manos de aquel desgraciado, que en vida habia sido la admiracion de todos por su gran paciencia y humildad... y á las doce del dia se le colocó en el nicho primero de la derecha, bajo el del prior Juan Marchena de Fonseca.

Los bañiles aseguraron con cal y piedra la losa de mármol que servia de frontispicio, igual en todo á las demás, y el lapidario del convento grabó en ella la siguiente inscripcion:

«Aquí yace el virtuoso y humilde hermano Lorenzo. » Seis años hizo penitencia y oracion en esta orden de » San Agustin: no profesó, pero ningun mortal habrá » hecho mas para merecer las bendiciones de los hom- » bres y el perdón de Dios Nuestro Señor: fué en el mundo » duque de Camfaris y marido de la princesa doña Ana... » Murió en este convento el dia 17 de octubre de 1683. — » La tierra le sea leve. »

IX.

El viajero acabó de leer la vida del hermano Lorenzo; y lleno de curiosidad á la noticia tan precisa que aquella historia daba del lugar de su sepultura, y en la posibilidad de poder encontrar en ella, despues de casi dos siglos las cartas á que se referia la crónica, interrumpió la lectura del libro, y copiando exactamente la inscripcion del sepulcro, se dirigió de nuevo al incendiado convento de San Agustín, por la puerta que daba á la calle de San Pablo, y que era la única entrada en aquellos días, pues las demás habian sido tapiadas de orden del gobierno.

Allí estaba sentado el anciano lego, guardador por su propia voluntad de aquellas ruinas.

— Cuánto le interesa á Vd. mi convento, dijo al verle llegar; ¿no es verdad que su soledad llena el corazón de pena?

— Sí, le contestó el viajero dirigiéndose en su compañía al panteón.

Apenas habian entrado, que á mano derecha vió la inscripcion del nicho del hermano Lorenzo; pero la losa estaba levantada para sacar del hueco de arriba el ataúd del prior Marchena de Fonseca, creyendo hallar en él algún tesoro oculto.

Al verlo le palpitó al viajero el corazón, temiendo que la mano de los incendiarios lo hubieran profanado: pero aunque la losa estaba arrancada, el ataúd no habia sido movido, y aun estaba calzado con la primera tierra que le arrojó á los lados la mano del sepulturero.

— Hermano, dijo al anciano lego; en este sepulcro se esconde un tesoro de muchísimo valor que es necesario salvar antes que la impiedad de los que han devastado el panteón vuelva á visitarlo. El hermano que está aquí enterrado tiene una cruz de gran precio sobre su corazón, según he leído en la crónica: es necesario que Vd. la recoja y la guarde en lugar seguro hasta la vuelta de los frailes al convento.

— ¡Dios mio! no volverán nunca, respondió el lego, y cuando esto suceda habré ya muerto.

— De todos modos es preciso salvar ese tesoro y que Vd. lo conserve.

Habia tal sentimiento é interés en las palabras del viajero, que el anciano le dijo:

— ¿Y cómo lo haremos?

— Por de pronto, le contestó el viajero, cerrando por dentro la puerta de entrada y ayudándome á sacar el féretro de su nicho.

En pocos minutos la caja que contenía los restos del hermano Lorenzo estaba colocada en medio del panteón, frente al escaso rayo de luz que entraba por su única ventana.

El viajero cogió un gran clavo que habia tirado por el suelo, arrancado tal vez de alguno de los altares de la iglesia: con él hizo saltar el pestillo de la cerradura y abrió la caja.

Despues de doscientos años, el cadáver de aquel desgraciado estaba intacto, hecho momia de color de pergamino; las barbas y el cabello le habian crecido despues de la muerte; los ojos estaban secos y los pómulos un poco más salientes; los labios recogidos y los dientes blancos y separados parecían ayudar la amarga sonrisa de aquella noble y severa fisonomía. Tenia los brazos cruzados sobre el pecho, y enjutas y secas las manos. El sayal de lana estaba intacto; no se sentía olor de ninguna especie en el ataúd, y hasta las flores arrojadas por los hermanos de la orden sobre el cuerpo, conservaban su forma, secas y de color de tierra.

¡Qué majestad tan sublime habia derramado la muerte por aquella frente despejada y serena! Habia en su perfil algo de celestial que estremecía y que incitaba al ruego y al temor de Dios.

Pero el viajero necesitaba las cartas que guardaba el cadáver, y era necesario llegar con impia mano á buscarlas sobre el corazón.

Dos ó tres minutos le contempló temeroso y como si el silencio pacífico de aquella momia defendiera su tesoro gritando lastimosamente ¡atrás! ¡atrás!

El viajero desabrochó el sayal por la parte derecha, y metiendo tembloroso la atrevida mano, le dijo al viejo que miraba con ojos espantados:

— Hermano, esta cruz es el tesoro que es necesario salvar de la rapacidad de los hombres... estos paquetes son cartas que conciernen á la vida de este fraile y que uniré al libro que tengo en mi poder.

La cruz era de oro, tal como la describía la crónica, de forma armenia, pesando sobre cinco onzas: tenia grabado á un lado el misterio de la Crucifixion, y en el reverso la Virgen María con el Niño Dios.

La sostenía al cuello de la momia una cadena maciza del mismo metal.

Los dos paquetes de cartas estaban intactos, atados con las cintas negras y sellados con las armas del duque Canafaris.

El aniquilamiento de aquel hombre á la hora de la muerte, los muchos días de ayuno y su naturaleza extraordinaria, habian servido sin duda para que no habiéndose descompuesto el cadáver, ninguna clase de gases ni de álcalis hubiese destruido los manuscritos, que se conservaban como guardados en los estantes de los archivos del convento.

El lego condujo al viajero al claustro grande, donde tenia las habitaciones la comunidad.

— Esta es la celda del R. P. prior, le dijo tristemente.

El viajero fijó sus ojos en la puerta del lado, y sobre ella leyó en una tablilla, una inscripcion casi borrada por el tiempo que decía: «Aquí vivió y murió el hermano Lorenzo.»

La celda estaba abierta de par en par; las mismas tablas donde murió aquel infeliz formaban la ascética cama: las mismas sillas, el Crucifijo de ébano enclavado en la pared, el órgano destruido por la mano inexorable del tiempo, y las dos rejas de hierro que daban al jardín, entrando por ellas el frío y la humedad: todo se conservaba como lo habia dejado aquel desgraciado.

¡Qué tristeza tan profunda reinaba en el estrecho recinto! despues de leída su historia, ¡qué respeto infundían todos sus recuerdos!... ¿Eran aquellas las paredes que encerraron su alma resignada, que jamás dejó escapar en medio de sus crueles martirios un suspiro al corazón? ¿y era aquel el pobre lecho, donde nunca brotó una lágrima de aquellos ojos de fuego, cansados del martirio y de la contemplación? ¿y era aquel el órgano donde sus manos por última vez arrancaron al teclado la armonía lastimosa que acompañó el canto envuelto en lágrimas y que la tempestad de la noche de su muerte arrastraría espantada á la eternidad?

Meditando así se sentó el viajero sobre las tablas que fueron en otro tiempo la cama de aquel gran espíritu, y conmovido de tristeza y lleno de curiosidad, rompió los sellos y las cintas negras que ligaban el pergamino, donde la mano de aquel infeliz habia envuelto su precioso tesoro.

Doce cartas dobladas aun por la mujer que las escribió; una flor muy amarilla, y que casi era el polvo de aquella ilusión; y un rizo muy pequeño de cabellos eran el contenido de aquellos dos paquetitos que durante dos siglos habian reposado con la cruz de oro sobre el cuerpo que habia bajado á la noche impenetrable del sepulcro sin revelar á nadie su secreto; que habia estado haciendo penitencia por espacio de seis años sin llevar al confesonario su martirio; y que á la hora de la muerte lo habia confiado al padre prior para decirle: «Entiéndalo con tu misma mano sobre mi corazón para que lo ignore el mundo, que yo le daré á Dios estrecha cuenta de mi pasado.»

¡Y aquellas cartas tantas veces leídas, tantas veces regadas con lágrimas; aquellas cartas donde aun se veía la marca de la boca que las habia besado miles de veces; aquellas cartas que no las habia enfriado el hielo de la destrucción, y que habian dormido siglos con aquel cadáver, arrancadas del reino de la muerte, iba á leerlas un desconocido para entregarlas á la historia del mundo!... ¡Qué inescrutables son los destinos de la Providencia!

X.

CARTA PRIMERA.

Si te amo: cuando sentada delante de tí leía temblando el episodio de *Francesco de Rimini*, y me preguntaste tres veces imperceptiblemente, si te amaba; me quedé inmóvil y fría como el mármol, porque me pareció imposible te atrevieras á ello... las lágrimas que saltaron de mis ojos fueron mi respuesta... ¿qué va á ser de mí?... tus ojos respondían al delirio de mi alma; te amo; sí, te amo...

Esa flor la guardaré toda mi vida; será la compañera de mi soledad y de mi tristeza; y cuando no te vea, ella me repetirá tu nombre.

No he dormido en toda la noche; despues de leer tu carta la locura se ha apoderado de mi corazón. Yo no he querido oírte durante tantos años; no he querido fijar los ojos en tí, porque temblaba de miedo; tus palabras me llegaban al alma y sentía por tí un respeto profundo.

¡Era que algo me presagiaba mi debilidad y mi destino! era que una voz secreta me decía: ¡huye de ese hombre, que va á ser tu dueño... No he podido huir... me has dicho: «necesito tu alma, porque tu alma es mía: guarda esa flor y enjuga tus lágrimas,» y yo he guardado tu flor, y he querido enjugar mis lágrimas; pero en mi delirio, siento aquí dentro un peso terrible... no tengo sosiego; no tengo alegría... en mi orfandad me sobra todo; á nadie importa mi suerte; al darte mi corazón me parece que cometo un delito; pero te amo, y Dios perdonará esta pobre criatura.

CARTA SEGUNDA.

Me ha arrebatado un huracán; no puedo defenderme... me siento arrastrada por un poder superior... sé que eres bueno y noble; que tu alma es como la mía... que tu amor es tan grande como el mio... me amas... y Dios tendrá piedad de mí... pero no puedo hacer más... ten compasión de esta niña, huérfana en el mundo... por eso te puedo dar la vida; pero ten lástima á esta pobre mujer... Ayer te entregué cuanto poseía: esa cruz de oro me la dió mi padre... yo estaba arrodillada sollozando al lado de su cama... «María, hija de mi corazón, me dijo con voz muy apagada por la enfermedad... no llores por mí... la muerte es un consuelo seguro... la vida es una carga en este valle de lágrimas... yo voy á ser dichoso: tú, pobre hija mía, te quedas en este mundo de eterno dolor y de perdida gente... huérfana de madre... huérfana de padre... pobre, con diez y ocho años y tan hermosa... ¡qué va á ser de tí!... ¡cúmplase la voluntad de Dios!... ¡él lo permite todo para probar las criaturas, y en su santo reino coronará con flores divinas la frente de los mártires!...

Hija mía, nada poseo... toda mi riqueza es esta cruz de oro que treinta años llevó tu madre suspendida al lado del corazón... el día que naciste le costó la vida... con sus manos temblorosas me la entregó diciéndome: «Lle-

vala hasta la hora de tu muerte; y cuando vayas á cerrar los ojos al bendecir nuestra pobre hija, colócasela en el cuello.»

Ahora voy á morir... cumplo su voluntad... guárdala... ella te defenderá consolando tus penas... ¡adios, mi pobre hija María!... ¡adios!... me dijo, con las extremas ansias de la muerte, y su mano fría puso en mi cuello esa cruz de oro!

Anoche te he dado esa cruz... comprende ahora si te he dado un tesoro... si habrá quedado huérfano mi corazón... guárdala, Lorenzo; llévala como mi madre hasta la hora de la muerte; y si mi mano no cierra tus ojos, júrame que desde donde quiera que estés, me devolverás ese talisman, que fué la cruz de mi madre y que es la cruz de mi vida...

CARTA TERCERA.

No era bastante... fué necesario arrancar de mi frente la corona de jazmines que la refrescaba... pues bien, está consumado el sacrificio... no hay más allá... los ojos no pueden descansar en el borde del abismo... en el fondo es donde hallan la salida...

Lorenzo, estas no son lágrimas de arrepentimiento, no... volvería á hacer lo mismo; toda mi vida es tuya... y si tienes que morir, llevarás ese consuelo al sepulcro.

¡Qué noche de meditación! ¡Qué lucha de ideas! ¡á los veinte años, qué felicidad tan cercada de lágrimas!... ¡Lorenzo, ampara me con tu entendimiento, porque en este amor que me consume me veo morir y estoy ciega; te amo, Lorenzo de mi vida!...

CARTA CUARTA.

No te angustie mi tristeza; soy tuya, y eso está sellado con sangre y durará hasta la eternidad. El lazo no se puede ya romper por la mano de las criaturas... pero he llorado mucho... pronunciando á cada lágrima tu nombre... tengo tu imagen clavada en el corazón... te bendigo á cada momento, y esta palidez es de angustia, porque necesito tener mis ojos fijos en los tuyos... tu ternura es mi vida, tengo miedo cuando no estoy contigo... y me falta el valor.

Quiero saber lo que siento y no lo sé... ¿es temor y placer?... ¿pena y alegría?... y á pesar de que te necesito para vivir, tiemblo cuando se acerca la hora de verte: mi corazón recibe un doble choque... se estremece de satisfacción y de pesar...

Hay cuatro luchas en mí: el alma, el corazón, la conciencia y la cabeza; unas contra otras chocan sin tregua; á todas quiero vencerlas; mas yo soy la vencida... si esto durara un día más, creo que me moriría... mi destino será siempre como hasta aquí, sin esperanza ni gloria... lleno de nubes, que pasan dejando un momento de azul en el firmamento de mi vida... pero luego vuelve á cubrirse...

Mi vista se ha acostumbrado á la oscuridad: la demasiada luz puede dejarme ciega... ¿soy feliz, Dios mio?... no, desgraciada... ¡muy desgraciada!... sufro porque temo prolongar mi sentimiento, ¿y qué siento? no lo sé... un conjunto de bueno, de malo, de alegría, de tristeza y de esperanza...

¡Dios mio!... mi alma te idolatra, Lorenzo... cuando no te veo, poco á poco, minuto á minuto, se me va oscureciendo el horizonte, hasta que me rodea y me cubre por todos lados la inquietud...

Antes de que besaras mi frente podía arrostrar la tristeza; coronaba de flores mi cabeza, y ellas refrescaban mis sienas... ¡ahora no hay nieve bastante para este volcán que me consume! si tú no me amaras, me volvería loca y me quitaría la vida...

Porque no soy ya la inocente niña: la venda que cubría mis ojos la han desgarrado tus manos... y ahora todo lo veo; todo lo sé; todo lo comprendo; y en esta sonrisa tímida, en este sufrimiento, encubro el aliento del águila y el valor de la mujer desgraciada. ¡Ay! ¡con esta alma, Lorenzo mio, no puedo acostumbrarme á pasar las horas del día lejos de tus ojos!... No tardes, Lorenzo: ven al lado de tu pobre María...

CARTA QUINTA.

Hace días que te veo taciturno; te pregunto qué tienes, me contestas besándome la frente... anoche cuando te hablaba, saltaron dos lágrimas de tus ojos... un pensamiento muy lúgubre cubrió de oscuridad tu semblante... al despedirme me entregaste una carta que leí en mi lecho... ¡desconfiado! ¡dudas de tu pobre María?... ¿no te bastan las pruebas tan grandes que te tiene dadas?... ¿quieres más?... ¡Sí, soy tu esclava!... si lo deseas, á una señal de tus ojos me iré á encerrar donde el mundo no vuelva á saber de mí; y en ese rincón viviré para consolar tus penas; te aguardaré cuando llegues, y te rodearé de caricias y endulzaré tu alma angustiada con los amores de mi vida...

Lorenzo mio, en una bohardilla escondida, luchando con la miseria, seré la mujer más feliz de la tierra, si puedo tenerte siempre á mi lado, respirar el aire que tú respiras, ver la luz que tú mires y tener un rinconcito de tierra donde sembrar flores que ofrezca.

¡Alma del alma mía!... no me angusties que yo te amo con toda la ternura de mi corazón... cada duda tuya me hiere; me quita el sueño y aumenta la agitación que se ha apoderado de mi entendimiento...

Déjame luchar con el amor, con mis recuerdos de inocencia y con la idea de estos dos grandes pensamien-



VISTA DEL MORABITO Y DE LA TORRE DE SIDI-FERRUCH.

tos, que están haciendo un juego terrible en mi pobre corazón.

En este juego no añadas el martirio de tus desconfianzas.

Yo te amo, alma mía... te he dado mi honor, y con el entusiasmo de un mártir, no me avergüenzo de repetirte mil veces.

Por donde acaba la vida de la mujer ha comenzado la vida de esta niña; y no he principiado ciega, Lorenzo; he principiado fijos los ojos en el cielo, y el corazón y al oído puestos en la armonía de tu voz; en la serenidad de tu frente que no me engañaba; en tu honor, Lorenzo mío... la voz que oí cuando me preguntaste si te amaba, era hermana de la mía; era dueña de la voz de mi alma; y no me enamoró por lo dulce y melodiosa, me enamoró porque jamás hasta entonces había oído nada que hiciera estremecer mis entrañas; y desde que al mandarme obedecí tus mandatos; desde que al fijar tus ojos en los míos no podía mirarte de miedo; desde que me entristeció tu tristeza y me alegró tu alegría; comprendí que eras superior á mi corazón y á mi inteligencia, y que eras señor de mi inteligencia y de mi corazón; y te di sin vacilar mis besos, mis lágrimas, mi honor y mi vida: y la existencia que arrastro ahora por este desierto arenal es tuya: y cuando quieras que pare en mi camino, á una señal de tus ojos, María será

tu compañera, María será la madre de tus hijos y María será tu esclava...

CARTA SEXTA.

¡Cruel! ¿es posible que no baste mi cariño á consolarte? ¿es posible que mis palabras no tengan fuerza en tu corazón?... ¿dudas?... ¿no te ofrezco mi existencia?... manda á esta débil mujer... mírame; y á tu voluntad dejo al momento el hogar de mi familia y lo olvido todo; no me asusta el deshonor ni la miseria, no; en la miseria si es necesario moriremos juntos... me haces derramar lágrimas... ¿Es que no me amas y quieres irme enseñando el camino de mi desventura?...

¡Lorenzo mío!... yo soy aquella inocente virgen á quien adoraste desde niña... aquella apacible niña que viste crecer y de quien decías: « cuando tenga diez y ocho años será el ángel de mi corazón; » aquella joven de las trenzas de ébano, cuyos ojos negros, llenos de melancolía te abrasaban el alma, en cuyos labios creías hallar el paraíso y en cuyos brazos olvidabas las angustias de tu vida.

Lorenzo, yo soy tu pobre María, que te he dado cuanto tenía... mi seno aun está turgente sin embargo de la pesadumbre que me enflaquece, y mis brazos y mi cuerpo blancos como la nieve. Ninguna de esas hermosuras que ven tus ojos te ofrecerá nunca una pureza mas grande que la mía... no, Lorenzo mío...

No me hagas pedazos el alma con tus dudas; el que duda no ama; el que teme no tiene valor; tú te has espantado de la obra que comenzaste; te arrepientes de haber roto las alas á mi inocencia, y quisieras que volviese á levantar el vuelo borrando los días extraordinarios de nuestra historia.

Lorenzo, esos días están escritos con sangre... la herida que la derramó no se cura... esa sangre no se seca nunca; solo la puede cubrir la infamia y el crimen, y ni tú ni yo podemos lavarla con ese veneno.

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

(Se concluirá.)

Sidi-Ferruch.

Cuando las tropas francesas desembarcaron en Argellia el 14 de junio de 1830, se elevaban sobre una cuesta, cerca de Sidi-Ferruch, un sepulcro y una torre que sirvió de observatorio al general de Bourmont, comandante en jefe de la expedición, para vigilar las operaciones de desembarco.

Esta tumba, según la tradición del país, era la de un santo y célebre morabito cuyo recuerdo vivía entonces todavía en la Argellia, y al que suponían muchos milagros. Bajo la dominación francesa, la tumba musulmana se convirtió muy luego en una capilla cristiana, que en estos últimos tiempos han debido sacrificar á las exigencias militares.

Un fuerte de los mas imponentes ha reemplazado esos vestigios de otra época cuyo aspecto se ve en nuestro dibujo. La defensa de la costa reclamaba este sacrificio.

La entrada del fuerte de Sidi-Ferruch es muy hermosa y de una arquitectura muy adecuada á su destino; en una placa tiene una inscripción que dice de este modo:

« Aquí el 14 de junio de 1830, por orden del rey Carlos X, el ejército francés, bajo el mando del general de Bourmont, vino á enarbolar sus banderas, á devolver la libertad á los mares y á dar la Argellia á la Francia. »

Estatua de Weber en Dresde.

La ciudad de Dresde acaba de elevar un monumento á la memoria de Weber, y su inauguración tuvo lugar el 11 de octubre último en medio de un inmenso concurso de artistas y de los personajes mas importantes de la Sajonia. El rey presidía el acto.

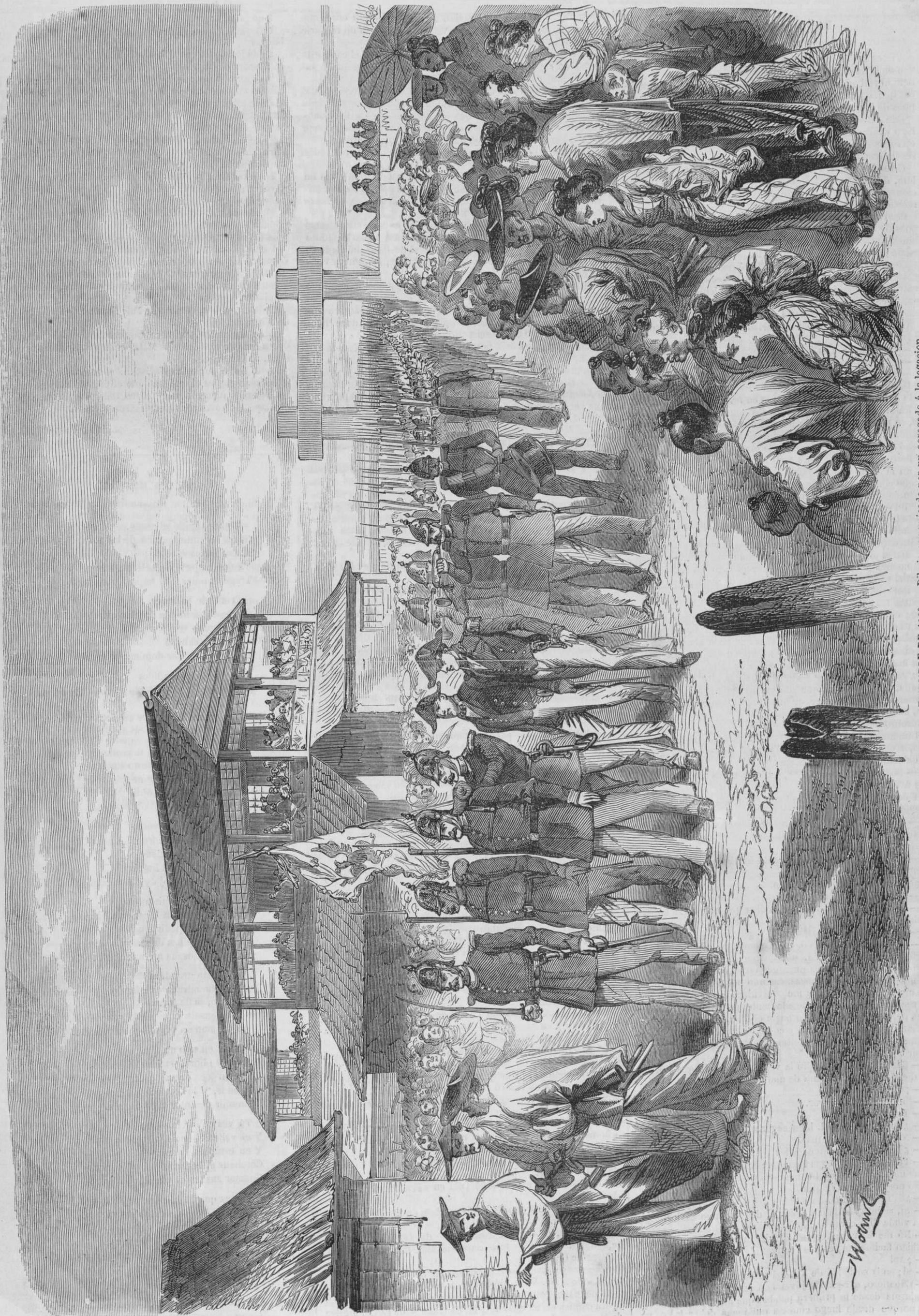
La estatua de Weber es obra del escultor Rietschel, que ha reproducido con el mayor acierto las facciones del autor inmortal del *Freischütz*.



PUERTA DEL FUERTE DE SIDI-FERRUCH.



ESTATUA DE WEBER EN DRESDE.



ENTRADA DEL ENVIADO PRUSIANO EN YEDDO, SETIEMBRE DE 1860. — Dibujo comunicado por un agregado á la legacion.

Tú ves en fin que loca
Hierva del hombre la abrasada frente,
Y que al abrir su boca
Con ánimo insolente
Tal vez de Dios la cólera provoca.

Lo ves, y conturbada
Sigues alzando el atrevido vuelo,
Buscando una morada
Mas lejos de la nada
Que constituye el todo de este suelo.

Vuela, yo te despido
Con un suspiro que del alma sale;
Y el cielo sea servido
Que al morirme, conozca precavido
Lo que el volar hasta los cielos vale.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

El conejo.

Pim... pam... óyense los tiros
De dos diestros cazadores,
Y un ligero conejillo
Por entre las plantas corre,
Y así que libre se ve
De alcanzar las municiones,
Se para, y exclama así
Entre angustias y dolores:
— Conejillo desgraciado,
¿cómo es que Dios no te acoge
Viéndote tan perseguido?
Por la maldad de los hombres?
¡Siempre detrás de nosotros!
¡Ah, pérfidos y traidores!
¿No tenéis remordimientos?
¿La conciencia no os corroe?
¿Vuestros corazones duros
La voz del llanto no oyen?...
Dadme protección, Dios mío;
No permitáis que este pobre
Muera por dar un placer
A quien tu ley desconoce. —
Así expresó el conejillo
Sus bien fundadas razones;
Mas temiendo que vinieran
Sus duros perseguidores,
Con la prontitud del rayo
A la madriguera corre.
Pim... pam... nuevamente tiran
Los airados cazadores;
Mas nuevamente en el aire
Se esparcen los perdigones,
Que él pidió socorro á Dios,
Y Dios ¿á quién no socorre?

JOSÉ C. BRUNA.

Los Campos Elíseos de Madrid.

La capital de España va á tener dentro de pocos meses una gran posesion pública de recreo cual la que tiene Paris, cual la que posee tambien Barcelona, aunque en menor escala. Ya están aprobados por la junta municipal de policia urbana los planos de esta bella y deliciosa posesion que bajo la direccion de su propietario don José Casadesus, ha trazado el conocido arquitecto don Lucas María Palacios.

El terreno elegido para los Campos Elíseos es una posesion situada á la salida de la puerta de Alcalá, á la izquierda de la carretera de Aragon, mas allá de la Plaza de los Toros. Ocupa un área de 1.300,000 piés cuadrados superficiales.

Los Campos tendrán una entrada para el público por la carretera de Aragon, y otra por una nueva calle que resulta del cerramiento de una fanega de tierra perteneciente á otra posesion convertida hoy en suelta para el ganado de carros y carretas. Las personas que vayan en carruajes y caballerías la tendrán por una puerta especial situada en dicha calle.

Conocida ya la posicion del terreno que han de ocupar los Campos y sus entradas, vamos á dar una idea general de la distribucion interior de los mismos, para lo cual seguiremos el órden de la numeracion marcada en el plano general.

Primeramente habrá una gran plaza circular de 400 piés de diámetro, ó sean 111 metros, 453 milímetros, destinada á grandes funciones de fuegos artificiales, donde pueden estar con mucho desahogo 30,000 almas; en el centro de la misma habrá una fuente monumental, y al rededor gran número de estatuas, jarrones, candelabros y faroles de gas.

En el testero de frente á su entrada, ó sea al Mediodía, se hallará situado un gran salon de baile y conciertos de 150 piés de largo, ó sean 41 metros, 793 milímetros, por 120 piés de ancho, ó sean 25 metros, 77 milímetros, sin contar los dos cuerpos salientes de la fachada principal y posterior, de 16 piés de salida ó sean 4 metros, 458 milímetros,

por 110 piés de longitud, ó sean 30 metros, 63 milímetros, que sólo se elevan hasta la imposta ó sea la galería interior del edificio, los cuales tienen en sus centros los peristilos, las escaleras para subir á las galerías y terrados, los guarda-ropas, enfermería y tocadores para señoras y caballeros.

Al rededor del edificio y al nivel de la galería interior y azoteas habrá un corredor de cuatro piés de ancho, ó sea 1 metro 214 milímetros, desde donde se puede disfrutar de una magnífica vista y del fresco en las noches calurosas de verano, comunicándose con la galería interior por medio de las infinitas puertas vidrieras que dan luz y ventilacion al gran salon.

Su construccion es de fábrica de ladrillo, piés derechos y columnas de madera ó hierro, con basas de piedra para sostener y sujetar la galería, sirviendo su entramado para la sujecion de la armadura de hierro de la nave central.

La decoracion interior del salon, galería y paredes, será de lo mas escogido en dibujos, relieves, filetes, cornisas y pinturas alegóricas en el gran techo y escocia del mismo.

Por último, el alumbrado lo constituirán 600 luces de gas, distribuidas en 5 grandes arañas suspendidas del techo; candelabros y lámparas suspendidas en los intercolumnios de las galerías.

Al Norte y Sur de dicha plaza, y en el eje de la misma vertical al del gran salon de baile, habrá dos edificios destinados, el uno á fonda, y el otro á café, de 100 piés, ó sean 27 metros, 863 milímetros de frente cada uno, por 50 piés, ó sean 18 metros, 931 milímetros de ancho, con todas sus dependencias, billares y aposentos particulares en el piso principal.

Ambos edificios tendrán unos jardines particulares en los que habrá cenadores rústicos para comer y refrescar al aire libre las personas que lo deseen, y por la noche estará alumbrado á la veneciana.

Los diez jardines que rodearán la gran plaza tendrán en los centros lindísimos kioscos, pabellones y casas rústicas, donde el público podrá admirar preciosos cosmorama, dioramas y autómatas.

Darán entrada y salida á dicha plaza 15 calles de 110 piés ó sean 30 metros 63 milímetros de largo por 24, ó sean 6 metros 687 milímetros de ancho.

Después de la gran plaza ó sea á la espalda del salon de baile, habrá dos grandes laberintos para los aficionados á esta clase de diversion, habiendo en cada uno de ellos los dependientes necesarios á fin de facilitar la salida de los mismos á los que no acierten con ella á pesar de sus cálculos y conjeturas.

A derecha ó izquierda de la gran plaza habrá lindísimos jardines de gason y flores, con surtidores y juegos de agua, de bonitas combinaciones. Tambien habrá además lindos jardines para juegos de paloma, sortija y demás, y en uno de ellos estará el pozo de la nieve con su cobertizo á la suiza.

Al Este de la misma y guardando el eje central del salon de baile y á la derecha de la entrada, estará situado el jardin de invierno ó llámese de plantas tropicales; tendrá 400 piés, ó sea 111 metros 453 milímetros de longitud, por 30 piés ó sea 8 metros 339 milímetros de anchura, y 50 piés ó sean 13 metros 932 milímetros la retonda central. Su construccion será de hierro y cristal. Tendrá dos entradas, y habrá dentro tres bellísimas fuentes para modificar la temperatura siempre que convenga. Este lindísimo y elegante edificio estará rodeado de jardines á la inglesa.

El tiro de pistola y carabina estará pegando á la pared medianera del parador de Salas y fuera del bullicio y diversiones, pero inmediato á la entrada y casa del conserje.

Tendrá 180 piés ó sean 50 metros 134 milímetros de largo por 16, ó sea 4 metros 458 milímetros de ancho, con su correspondiente cobertizo.

Su construccion será de madera y ladrillo imitado, su decoracion una cortina ó fortificacion militar de la edad media.

A continuacion del jardin de invierno habrá un parterre español y otro inglés, adornados con dibujos de boj, gason, flores, árboles, estatuas, fuentes y demás.

En dichos parterres habrá carruajes chiquitos para los niños de corta edad, servidos por dependientes del establecimiento y movidos por fuerza animal y fuerza motriz.

Enfrente del parterre español habrá dos grandes estufas para flores en tiestos; y en el centro el despacho para la venta de ramos; y además un edificio sencillo donde está la caldera de vapor que comunica su calorico á las estufas y jardines de invierno.

En el centro del vivero está situada la casa de baños y escuela de natacion, para de esta manera resguardarlos del aire y de la vista del público, dándoles al propio tiempo mas vista y animacion. Estos baños serán al aire libre y recibirán las aguas de la ria navegable que al propio tiempo servirá para regar la parte que le está señalada en el plano.

La ria tendrá un metro de profundidad por ocho de anchura, por término medio, y servirá para la navegacion en ligeras y pequeñas lanchas movidas por remos.

En la cúspide de la isleta que se formará con dos brazos de la expresada ria, habrá una gruta mágica, á la cual podrá subirse por un camino practicado al objeto.

Al extremo opuesto de la ria estará situado el teatro al descubierto; sus dimensiones son 70 piés, ó sean 19 metros 504 milímetros de embocadura, por 110 piés, ó sean 30 metros 63 milímetros de longitud.

Por el escenario pasará un canal para que puedan representarse al natural evoluciones navales, el cual es-

tará cubierto con unos tableros cuando no sea necesario servirse de él. Este teatro se destinará á funciones ecuestres, pantomimas y evoluciones militares y navales.

A continuacion del parterre inglés estará situada la montaña rusa, que tendrá por base un círculo de 60 metros de diámetro por el eje de las dos vias que producirán un desarrollo de 194 metros de recogida: medido por las pendientes su ancho ó sea la seccion transversal en que están colocadas las dos vias, es de 3 metros 50 milímetros.

Las vias están formadas de tres rails; los dos exteriores, que son los carriles propiamente dicho, están destinados al rozamiento de las ruedas, y solo son unas simples llantas de hierro de 8 milímetros de espesor sobrepuestas á unas piezas longitudinales de madera. El rails central ejerce las funciones de fiador para evitar un descarrilamiento; pues por sus cavidades laterales corren cuatro ruedas de rotacion horizontalmente unidas á la parte inferior del carruaje por medio de ejes verticales.

Las ruedas de los carruajes afectan entre sí una forma tronco cónica, cuyo vértice está en el centro de la planta de la montaña, y los ejes están dirigidos al mismo vértice con el doble objeto de disminuir el rozamiento y compensar la fuerza en centrífuga.

En donde principia y concluye la descension de los carruajes habrá un pabellon rectangular, donde estarán colocadas en su interior la escalera para subida de las personas que han de montar en los carruajes, la grua y plataforma necesarias para elevar estos.

Treinta y dos faroles de gas, colocados en ambos pretilos, iluminarán de noche todo el trayecto de la via.

La construccion de la montaña rusa será de madera y hierro, y su forma una serie de arcos apuntados de mayor á menor altura, segun lo requieran los tramos de ascension y descension del pavimento donde están colocados los carriles para la marcha de los carruajes por sí solos.

Dentro del espacio que deja la montaña rusa, se establecerá una plaza de becerros, un circo ecuestre ó un reñidero de gallos, reduciéndolo á menores dimensiones.

Enfrente de la montaña rusa estará colocado el salon de baile al aire libre. Será este circular de 60 metros de diámetro rodeado de una galería de arcos árabes contruidos de armadura de madera y entrelazados de enredaderas y tiestos de flores. En el centro del salon se elevará un lindísimo kiosco octogonal árabe, de 8 metros de diámetro, donde se colocará la orquesta y los espectadores. Desde el remate de dicho kiosco á los pilares de los arcos de la galería, se colocará en el verano un toldo para preservar de los rayos del sol á los concurrentes. Estará profusamente iluminado con candelabros y faroles de gas.

Entre la montaña rusa y el salon de baile al aire libre, se establecerá el gimnasio compuesto de toda clase de columpios de rotacion parcial y total, trapecios paralelos y cuantos aparatos puedan concurrir á la diversion y desarrollo fisico de los jóvenes.

En la parte mas culminante de los Campos, entre la ria, casa de baños y pase de los carruajes, estará la lindísima casa suiza del director de los Campos Elíseos.

En los tres pozos de las tres norias existentes se pondrán por ahora tres bombas de letestín para riego y abastecer la ria navegable, interin el canal de Isabel II no haya establecido el canal que ha de abastecer la parte alta de Madrid, y que pasará por las inmediaciones de los Campos, en cuyo caso se tomará toda el agua que se necesite para ambas cosas.

El agua de la cascada que habrá á la espalda del teatro será la que alimente la ria. Dicha cascada será al propio tiempo, por su especial construccion, una cosa digna de verse por la noche, iluminada que sea.

Contendrán además dichos Campos Elíseos lindísimos paseos con arbolados para la gente de á pié y para los que vayan en carruaje y á caballo, cuadra cochera donde poder dejar estos, despacho de billetes, casas de guardas, retretes, asientos de piedra y rústicos, 400 faroles de gas para alumbrar las calles y paseos, estatuas, fuentes, surtidores, y cuanto pueda contribuir á amenizar tan delicioso paseo.

La vegetacion estará confiada al cuidado de personas inteligentes y la constituirán unos 10,000 árboles y arbustos, plantas de todas clases, cordones y dibujos de boj, gason y cuantas flores puedan colocarse en sus jardines.

Al rededor del teatro, salon al aire libre, montaña rusa, y á orilla de la ria y embarcadero, estarán establecidos parques españoles é ingleses que contendrán en sus plazoletas jaulas de hierro y madera para animales y aves raras.

Expedicion de China.

EL TRATADO DE PAZ.

Como anunciamos á nuestros lectores, después de la entrada en Pekin de los ejércitos aliados, se concluyó la paz con la China, y el *Monitor* ha publicado en la última semana los siguientes documentos demasado importantes para que no nos apresuremos á darles cabida en nuestro periódico. Hé aqui su contenido:

DESPACHO DEL BARON GROS Á S. E. EL MINISTRO DE NEGOCIOS EXTRANJEROS.

Pekin 26 de octubre de 1860.

Señor ministro: Me apresuro á enviaros una copia de la convencion que he firmado ayer con el príncipe

Kong, hermano del emperador, y os envío también una copia del acta del canje de las ratificaciones del tratado de Tien-tsin, canje que ha tenido lugar sobre la marcha. Nuestro triunfo es completo y sobrepuja todas mis esperanzas.

El 23, día fijado para la firma de la convención, salí de la ciudad á las ocho de la mañana y volví á entrar oficialmente con 2,000 hombres de todas armas formando cortejo. La bandera del 101º, la del 102º y la de la infantería de marina iban delante de mi palanquin llevado por ocho coolies con librea y con franjas tricolores en sus gorras.

El tratado de Tien-tsin y los sellos de la embajada eran llevados delante de mí por cuatro sargentos de los diferentes cuerpos; una sección de artillería montada seguía á mi palanquin, y detrás marchaban algunos batallones de infantería. En el interior de la ciudad había una formación de infantes que guarnecía una parte de la carrera.

A la entrada de la ciudad quince mandarines de toda gala y á caballo vinieron á recibirme, á felicitarme y á guiarme cerca del príncipe que me esperaba en el Li-

Pu ó tribunal de los ritos. Tardamos cerca de dos horas en llegar al Li-Pu, y atravesamos las oleadas de una muchedumbre mas curiosa que malévola.

Cuando mi palanquin entró en el patio que precedía al salon dispuesto para la firma del convenio, y vi al joven príncipe que se levantaba con toda su comitiva para salir á mi encuentro, mandé detener á mis hombres, y fui á pie á encontrarme con el príncipe antes de que él hubiese atravesado el umbral del salon. Me tendió la mano que tomé inclinándome, y le dije que le daba gracias por haber tenido la bondad de enviar mandarines á recibirme en la puerta de la ciudad. Añadí que me felicitaba de llegar á firmar una paz que me prometía no se turbaría jamás en lo sucesivo, y dije despues que no manifestaba mas que los sentimientos de S. M. el emperador de los franceses al formar los votos mas sinceros para que así fuera. El príncipe me dió la mano por segunda vez, y me indicó el sillón preparado para mí á su izquierda, puesto de honor en la China; el general de Montauban fué colocado á mi izquierda, y los oficiales de estado mayor y del ejército ocuparon el lado izquierdo de la sala. M. de Vastard, M. de

Vernouillet, secretario, y los dos intérpretes de la misión estaban entre el príncipe y yo. Una muchedumbre de mandarines con globulos de todos colores llenaba el lado derecho del salon; todos, incluso el príncipe, llevaban el traje de ceremonia con sus dobles rosarios de ámbar en el cuello; únicamente el príncipe no llevaba ningun glóbulo en su gorra de invierno.

Colocados ya todos, supliqué á S. A.



RETRATO DE S. M. LA EMPERATRIZ DE CHINA.

Copia de una fotografia comunicada por M. Duchesne de Bellecourt, cónsul general de Francien Yeddo.

tamparon las firmas y se aplicaron los sellos en los ocho ejemplares, dije al príncipe que habiéndose restablecido felizmente la paz entre los dos imperios, la artillería francesa iba á hacer una salva de 21 cañonazos, y le anuncié que al punto iba á dar la orden al comandante en jefe del ejército francés de que hiciera cesar toda hostilidad que no tuviera un carácter puramente defensivo, lo que comunicué en segui

da al general de Montauban. Cumplida esta parte del programa se procedió al canje de las ratificaciones del tratado de Tien-tsin; pero antes de esto el príncipe Kong me hizo observar que había venido lleno de confianza y sin un solo soldado tártaro ó chino, á ponerse en medio de todo un ejército francés. Yo le respondí que esta confianza me probaba que S. A. I. conocia la lealtad del soberano á quien yo tenia el honor de representar y cuyas órdenes ejecutaba.

Recibid, etc. — Baron Gros.

TRATADO DE PAZ concluido en Pekin el 26 de octubre de 1860 entre S. M. el emperador de los franceses y S. M. el emperador de la China.

Su Majestad el emperador de los franceses y S. M. el emperador de la China, queriendo poner un término á la diferencia que se ha elevado entre los dos imperios y restablecer y asegurar para siempre las relaciones de paz y de amistad que existian entre ellos, y que vinieron á interrumpir deplorables sucesos, han nombrado por sus plenipotenciarios respectivos, á saber: S. M. el

emperador de los franceses á M. Juan Bautista Luis, baron Gros, senador del imperio, embajador y alto comisario de Francia en China, gran oficial de la orden imperial de la Legión de Honor, caballero gran cruz de varias órdenes, etc., etc., y S. M. el emperador de la China al príncipe Kong, miembro de la familia imperial y alto comisario.

Los cuales, despues de haber canjeado sus plenos poderes, encontrados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1. Su Majestad el emperador de la China ha visto con pena la conducta que las autoridades militares chinas han observado en la embocadura del rio de Tien-tsin en junio del año último, en el momento en que los ministros plenipotenciarios de Francia y de Inglaterra se presentaban allí para marchar á Pekin á proceder al canje de las ratificaciones de los tratados de Tien-tsin.

Art. 2. Cuando el embajador alto comisario de S. M. el emperador de los franceses se halle en Pekin para proceder al canje de las ratificaciones del tratado de Tien-tsin, será tratado, durante su permanencia en la capital, con todos los honores debidos á su rango, y las

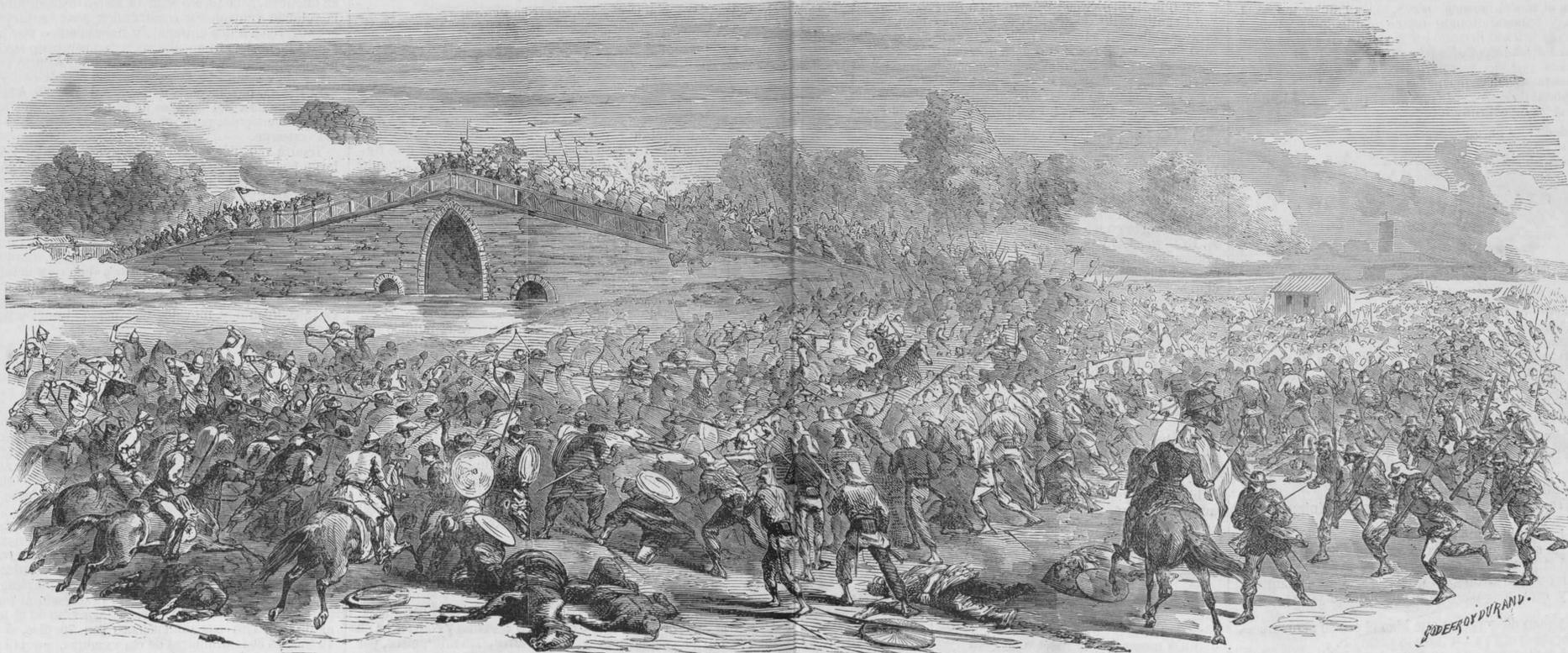


PAGODA DE PU-KIU, HABITACION DEL BARON GROS Y DEL GENERAL DE MONTAUBAN.



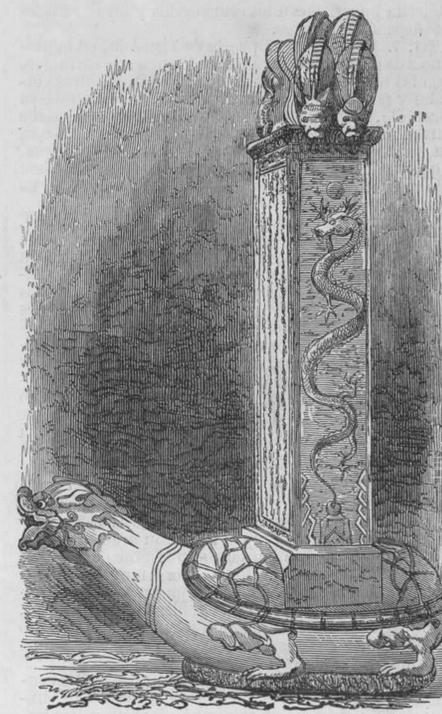
UN PATIO DE LA EMBAJADA FRANCESA EN NAN-TSIN.

I. que tuviera á bien firmar el primero los cuatro textos chinos de la convencion de Pekin, y yo firmé el primero de los cuatro textos franceses. Cuando se es-



EL PUENTE DE PA-LI-KIAO, ULTIMO CENTRO DE LA RESISTENCIA DEL EJERCITO TARTARO, EL 20 DE SETIEMBRE DE 1860.

autoridades chinas le facilitarán todos los medios posibles para que pueda llenar sin obstáculos la alta misión que le está confiada.



MONUMENTO DE MÁRMOL EN LA PAGODA DE PA-LI-KIAO



PAGODA CERCA DEL PUENTE DE PA-LI-KIAO.

Art. 3. El tratado firmado en Tien-tsin el 27 de junio de 1858 será oficialmente puesto en ejecución en todas sus cláusulas inmediatamente, después de las ratificaciones de que se habla en el artículo anterior, salvo, por supuesto, las modificaciones que en él pueda introducir la presente convención.

Art. 4. El artículo 4 del tratado de Tien-tsin por el cual S. M. el emperador de la China se compromete á pagar al gobierno francés una indemnización de 4 millones de taels, queda anulado y reemplazado por el presente artículo, que eleva á la suma de 8 millones de taels el total de esta indemnización.

Queda convenido que las sumas pagadas ya por la aduana de Canton á cuenta de la suma de 2 millones de taels estipulada por el tratado de Tien-tsin, se considerarán como pagadas de antemano y á cuenta sobre los 8 millones de taels de que se trata en este artículo.

Las disposiciones tomadas en el artículo 4 del tratado de Tien-tsin sobre el modo de pago establecido acerca de los dos millones de taels, quedan anuladas. El importe de la suma que le queda por pagar al gobierno chino sobre los 8 millones de taels estipulados en la presente convención, se cubrirá consagrando á su pago la quinta parte de los productos brutos de las aduanas de los puertos abiertos al comercio extranjero, y de tres en tres meses, principiando el primer trimestre el 31 de diciembre próximo. Esta suma, reservada especialmente al pago de la indemnización debida á la Francia, será entregada, en pesos mejicanos ó en plata *syccé*, según el cambio del día del pago, en manos del ministro de Francia ó de sus delegados.

Sin embargo, se pagará una suma de 500,000 taels á cuenta, por adelantado y de una sola vez, en Tien-tsin, el 30 de noviembre próximo, ó antes, si el gobierno chino lo juzga conveniente.

Una comisión mixta nombrada por el ministro de Francia y por las autoridades chinas, determinará las reglas que se han de seguir para efectuar los pagos de toda la indemnización, llevar las cuentas, dar recibos y llenar en fin todas las formalidades que la contabilidad exige en tales casos.

Art. 5. Se concede la suma de 8 millones de taels al gobierno francés para indemnizarle de los gastos que los armamentos contra la China le han obligado á hacer, así como para indemnizar á los franceses y protegidos de la Francia que han sido expropiados durante el incendio de las factorías de Canton, é indemnizar también á los misioneros católicos que han sufrido en sus personas ó propiedades. El gobierno francés repartirá esta suma entre las partes interesadas cuyos derechos han sido legalmente establecidos ante él y en razón de estos mismos derechos, y queda convenido entre las partes contratantes que un millón de taels será destinado á indemnizar á los súbditos ó protegidos por la Francia de las pérdidas que han experimentado ó de los vejámenes que han sufrido, y que los siete millones restantes serán afectados á los gastos ocasionados por la guerra.

Art. 6. En conformidad con el edicto imperial promulgado el 20 de marzo de 1846 por el augusto emperador Tac-Kuang, los establecimientos religiosos y de beneficencia que han sido confiscados á los cristianos durante las persecuciones de que han sido víctimas, serán devueltos á sus propietarios por medio de S. E. el ministro de Francia en China, al cual los hará entregar el gobierno imperial con los cementerios y otros edificios que dependían de ellos.

Art. 7. La ciudad y el puerto de Tien-tsin, en la provincia de Petcheli, serán abiertos al comercio extranjero bajo las mismas condiciones que lo están las otras ciudades y puertos del imperio donde este comercio está ya permitido, y esto desde el día de la firma de la presente convención, que será obligatoria para las dos naciones, sin que haya necesidad del canje de las ratificaciones, y que tendrá la misma fuerza y valor que si hubiera sido inserta palabra por palabra en el tratado de Tien-tsin.

Las tropas francesas que ocupan esta ciudad podrán, después del pago de los 500,000 taels de que se habla en el art. 4 de la presente convención, evacuarla para ir á establecerse en Taku y en la costa norte de Shang-Tong, de donde se retirarán en seguida en las mismas condiciones que presidirán á la evacuación de los demás puntos que ocupan en el litoral del imperio. Los comandantes en jefe de las fuerzas francesas tendrán no obstante derecho de hacer invernar á sus tropas de todas armas en Tien-tsin, si lo juzgan conveniente, y no retirarán de allí hasta el momento en que hayan sido enteramente pagadas las indemnizaciones debidas por el gobierno chino, á menos no obstante que convenga á los comandantes en jefe hacerlas partir antes de esta época.

Art. 8. Queda convenido igualmente que en cuanto haya sido firmada la primera convención y se hayan canjeado las ratificaciones del tratado de Tien-tsin, las fuerzas francesas que ocupan á Chusan evacuarán esta isla, y que las que se encuentran enfrente de Pekin se retirarán á Tien-tsin, á Taku, á la costa norte del Shang-Tong ó á la ciudad de Canton, y que en todos estos lugares ó en cada uno de ellos el gobierno francés podrá, si lo juzga conveniente, dejar tropas hasta el momento en que haya sido satisfecha por completo la suma total de 8 millones de taels.

Art. 9. Queda convenido entre las altas partes contratantes que tan pronto como las ratificaciones del tratado de Tien-tsin hayan sido canjeadas, un edicto imperial ordenará á las autoridades superiores de todas las provincias del imperio que permitan á todo chino que

quiera ir á los países situados al otro lado de los mares para establecerse en ellos ó buscar fortuna, embarcarse él y su familia, si lo quiere, en los buques franceses que se hallen en los puertos del imperio abiertos al comercio extranjero.

Queda también convenido que en interés de estos emigrados, para asegurar su entera libertad de acción y garantizar sus intereses, las autoridades chinas competentes se entenderán con el ministro de Francia en China para hacer los reglamentos que han de asegurar á estos empeños, siempre voluntarios, las garantías de moralidad y seguridad que deben presidir en ellos.

Art. 10 y último. Queda bien entendido entre las partes contratantes que el derecho de tonelada que por error ha sido fijado en el tratado francés de Tien-tsin en cinco maces por tonelada en los buques que miden 150 toneladas y mas, y que en los tratados firmados con la Inglaterra y los Estados Unidos en 1858 no figura mas que por cuatro maces, no se elevará sino á esta suma de cuatro maces, sin que haya necesidad de invocar el último párrafo del artículo 27 del tratado de Tien-tsin, que da á la Francia el derecho formal de reclamar el tratamiento de la nación mas favorecida.

La presente convención de paz ha sido hecha en Pekin en cuatro expediciones el veinte y cinco de octubre de mil ochocientos sesenta, y ha sido firmada por los plenipotenciarios respectivos, que la han sellado con el sello de sus armas.

Firmado: — Baron Gros. — Príncipe de KONG.

Por copia conforme. — Firmado: — Baron Gros.

ACTA DEL CANJE DE LOS PLENIPOTENCIARIOS DEL TRATADO DE TIEN-TSIN.

El veinte y cinco de octubre del año mil ochocientos sesenta, los altos comisarios de los imperios de Francia y China, provistos de los plenos poderes, hallados recíprocamente en buena y debida forma, á saber:

Por el imperio de Francia, S. E. el baron Gros, senador del imperio y embajador extraordinario de S. M. el emperador de los franceses en China, gran oficial de la Legion de Honor, caballero gran cruz de varias órdenes, etc., etc.

Y por el imperio de la China, el príncipe de Kong, miembro de la familia imperial y alto comisario:

Se han reunido en el palacio de Li-Pu en Pekin, á fin de proceder al canje de las ratificaciones del tratado de paz, amistad y comercio firmado en Tien-tsin el 27 de junio de 1858, teniendo consigo á los secretarios é intérpretes de las dos naciones; y S. E. el alto comisario de Francia ha entregado en manos de S. A. I. el príncipe de Kong el instrumento original del tratado de Tien-tsin, transcrito en las dos lenguas y revestido del gran sello del Estado del imperio de Francia y de la firma de S. M. el emperador de los franceses, que declara en este acto que todas las cláusulas de dicho tratado están ratificadas y serán fielmente ejecutadas.

Su Alteza imperial, habiendo recibido el tratado, ha entregado á su vez á S. E. el alto comisario francés uno de los ejemplares del mismo tratado aprobado y ratificado con el pincel bermejo por S. M. el emperador de la China, y habiendo tenido lugar el canje de las ratificaciones del tratado firmado en Tien-tsin en 1858, los altos comisarios imperiales han firmado la presente acta, redactada por sus secretarios respectivos, y sellada con el sello de sus armas.

Fecho en doble expedición en el palacio de Li-Pu en Pekin el 25 de octubre de 1860.

Firmado: — Baron Gros. — KONG.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

XIX.

— Siento mucho hacerte salir con un tiempo tan húmedo, Phineas; pero es tan grande mi satisfacción cuando te veo en mi compañía.

El paso que John se disponía á dar era en efecto poco agradable. Iba á noticiar á M. Brithwood, el tutor de Ursula March, que la jóven le habia concedido su mano á él, John Halifax, de oficio curtidor. Habia querido llenar esta formalidad al otro día de haber cumplido su mayor edad, justo una semana después de su compromiso, ó sea el 19 de junio de 1801.

Llegamos delante de la verja de Mythe-House; John se detuvo un momento, y luego tiró del cordón de la campanilla con mano firme.

— ¿Te acuerdas de la última vez que vinimos aquí, John?

— Si, muy bien me acuerdo.

Pero la sonrisa de alegría que iluminaba su rostro se cambió al punto en un aire grave.

No ignoraba la acogida que le esperaba en aquella casa, y este presentimiento no podia dejarle indiferente.

El ademán de sorpresa que hizo el criado al oír nuestros nombres era ya un funesto presagio.

— M. Brithwood está ocupado; hariais bien en volver mañana, insinuó aquel hombre que sin duda se hallaba al corriente de los asuntos de su amo.

— Siento incomodarle, pero me precisa verle hoy mismo.

Y John siguió con aire resuelto al criado al espacioso comedor donde sentados en dos sillones de terciopelo carmesí tuvimos un cuarto de hora largo para admirar el magnífico aparador en que resplandecía una gran vajilla de plata.

— No podemos esperar tanto, dijo mi amigo al fin con un tono bastante sereno, y tirando con menos firmeza esta vez del cordón de la campanilla.

— ¿Habeis dicho á vuestro amo que estaba yo aquí?

— Sí, señor.

Y la sonrisa insolente que se dibujaba en la boca del criado cuando entraba en el comedor se disipó al instante.

— ¿Cuán lo podré tener el honor de verle?

— Ha dicho que podeis enviarle vuestro mensaje por mí.

John reprimió un movimiento de impaciencia.

— Decid á vuestro amo que deseo hablar con él; se trata de un negocio importante, y si no fuera así no le incomodaria.

— Está bien, caballero.

El criado volvió en seguida y nos dijo que M. Brithwood no podria concedernos mas de cinco minutos de audiencia en la sala de justicias.

Seguimos á aquel hombre que por segunda vez nos hizo atravesar el patio. Dos señoras salían en carruaje, y una de ellas saludó sonriendo á John Halifax.

Llegamos á la sala del magistrado separada de la noble vivienda. Allí M. Brithwood dictaba sus actos de justicia. Al atravesar la antesala vimos un jóven alto cargado de hierros, sin duda un cazador en vedado; cerca de la puerta habia una jóven con un niño en los brazos y un anillo en el dedo; estaba llorando. Otro desgraciado embrutecido por la embriaguez y guardado por un constable nos pidió al pasar « una gota de cerveza. »

Tales eran las gentes que Ricardo Brithwood, esquire y magistrado del condado de***, tenia que juzgar y que castigar aquel día.

Hallábase sentado con aire de importancia delante de su bufete, y tan embebido en lo que dictaba á un escribano colocado detrás de él, que no pareció advertir nuestra llegada.

John atravesó la sala.

— ¡M. Brithwood!

— ¡Oh! M. Halifax, buenos días.

Y le saludó con un aire que significaba claramente que no le guardaba ningun rencor. Le era imposible á tan alto personaje conservar el menor resentimiento contra un hombre tan inferior como John Halifax.

John le devolvió friamente su saludo.

— ¿Podria decirnos dos palabras, caballero?

— Sin duda alguna, hablad, respondió M. Brithwood aplicando el oído con aire magistral.

— Es un asunto que debe tratarse á solas, añadió John mirando al escribano.

— Aquí no se tratan asuntos particulares, repuso el esquire con altanería.

— ¿Y no podemos pasar á otra parte? Me veo obligado á pedirnos una entrevista, y ha de ser inmediatamente.

Sea que M. Brithwood comenzara á experimentar un vago sentimiento de alarma, sea que las maneras de John le obligasen á tratarle cortesmente, lo cierto es que hizo una señal al escribano para que se retirase.

— Jones, exclamó, que toda esa canalla vaya á la cárcel hasta mañana. ¡Misericordia! Son cerca de las tres. Esas gentes no deben sin embargo imaginarse que puedan hacer esperar á un gentleman la hora de la comida.

Supongo que aludia á los delincuentes que habiamos visto en el vestíbulo; nosotros no juzgamos á propósito ponerlo en duda.

— Ahora, veamos cuál es vuestro negocio, y acabemos lo mas pronto posible.

— No seré largo; es un asunto de pura fórmula; pero me he creído en el deber de daros parte en persona. M. Brithwood, soy portador de un mensaje de una jóven que tiene con vos algun parentesco, miss Ursula March.

— No tiene ninguno; no quiero ver mas á esa muchacha.

— Os suplico que tengais cuidado con vuestras expresiones, al menos en mi presencia.

— ¡En vuestra presencia! ¿Y quién sois vos?

— Lo sabeis perfectamente.

— Es verdad, repuso M. Brithwood tomando un aire afable para disimular un poco su ironía. ¿Y cómo va la fábrica? ¿Teneis que hacerme alguna oferta? ¿Se trata de comprarme algun caballo viejo? Me agrada tratar con vos todo lo concerniente á vuestro oficio; pero ¿qué relación puede haber entre vos y yo ó cualquiera otro miembro de mi familia?

John respondió mordiéndose los labios:

— M. Brithwood, no he venido á vuestra casa para hablar de mí, sino de la jóven que me ha encargado un mensaje para vos.

El squire alzó la cabeza con orgullo.

— Esa jóven ha juzgado oportuno dejar á su familia, y su familia no quiere ya tener ninguna comunicación con ella.

— Lo sé, respondió John con igual altanería.

— ¿Lo sabeis? ¿Y con qué derecho os mezclais en los asuntos de miss March?

— Con el derecho que me ha traído aquí; dentro de algunos meses seré el marido de Ursula.

John pronunció estas palabras con tanta serenidad, que el squire apenas aparentó que habia oído.

Por fin soltó una carcajada.

ran, aunque en los dos últimos meses John la había visitado por mañana y tarde casi en secreto, como si hubiese tenido celos de que otro hombre que él echara una mirada sobre la futura vivienda de su joven esposa.

Sabia yo que los preparativos y los cambios no podían haber sido hechos sobre un gran pié, pues la tercera parte de los beneficios de la tenería no aseguraban á John mas que una renta muy módica. Sin embargo, una vez atravesado el umbral, la casa tenía un aspecto de frescura y de limpieza que regocijaba la vista.

Unicamente algunos cuartos habían sido amueblados, sencillamente, pero con gusto y discernimiento. Los colores de las telas eran bonitos, y los muebles sólidos y elegantes. Observé también que estaban recién pintadas las paredes y las puertas.

— El amo ha hecho todo eso, me dijo con cierto orgullo la criada Jenny, la amiga de Jem Watkins.

Yo había solicitado para ella ese acomodo cerca de Ursula.

— Sobre todo, Jenny, repuse yo sonriendo, cuidando con la pereza; los jóvenes deben trabajar mucho si quieren alcanzar los felices resultados que han obtenido vuestros amos.

La criada se puso encarnada como la grana, y prometió seguir mis consejos. En cuanto á Jem no tenía nada que temer; todas las jóvenes del mundo no habrían podido hacerle faltar á lo que debía á M. Halifax.

De este modo, el amor reinaba en la cocina lo mismo que en el salón; pero creo verdaderamente que no por eso la joven pareja estaba mal servida.

John vino conmigo á casa; era un placer que no esperaba yo, pero Ursula se empeñó en que había de acompañarme.

Desde el día en que se habían comprometido, un lazo fraternal vino á establecerse entre ella y yo. Con su carácter noble y generoso, se habría desdenado imitar á tantas otras jóvenes que tratan de hacer romper á sus maridos con sus antiguas amistades.

Fuimos pues los mejores amigos del mundo mi hermana Ursula y yo.

En el camino John me describió el asombro de la buena Mrs. Tod cuando se presentaron en su casa en la

Y luego cambiando de conversación comenzó á hablar de la fábrica de paño que había visitado durante su permanencia en la casa de las Rosas.

— Phineas, exclamó, mientras examinaba las máquinas, se me ocurrió la idea de que en lugar de emplear la rueda hidráulica, se las podría poner en movimiento por medio del vapor.

— ¿Qué especie de vapor?

— Tu memoria no ha mejorado, según veo, Phineas.

¿Has olvidado lo que te conté de aquel ingeniero escocés que el año último trató de poner en movimiento unos barcos sobre el Forth y el Clyde con el vapor? ¿Porqué no se ha de aplicar esa misma fuerza á las máquinas de una fábrica? Yo creo que sería posible, y ya tengo el plan de una máquina en mi cabeza. Ayer hice un dibujo y se le enseñé á Ursula que comprendió inmediatamente.

Yo me sonreí.

— Y creo, continuó, que con paciencia y habilidad un hombre podría hacer fortuna en la fábrica de Enderly.

— Pruébalo, le dije bromeando.

Pero John me respondió formalmente:

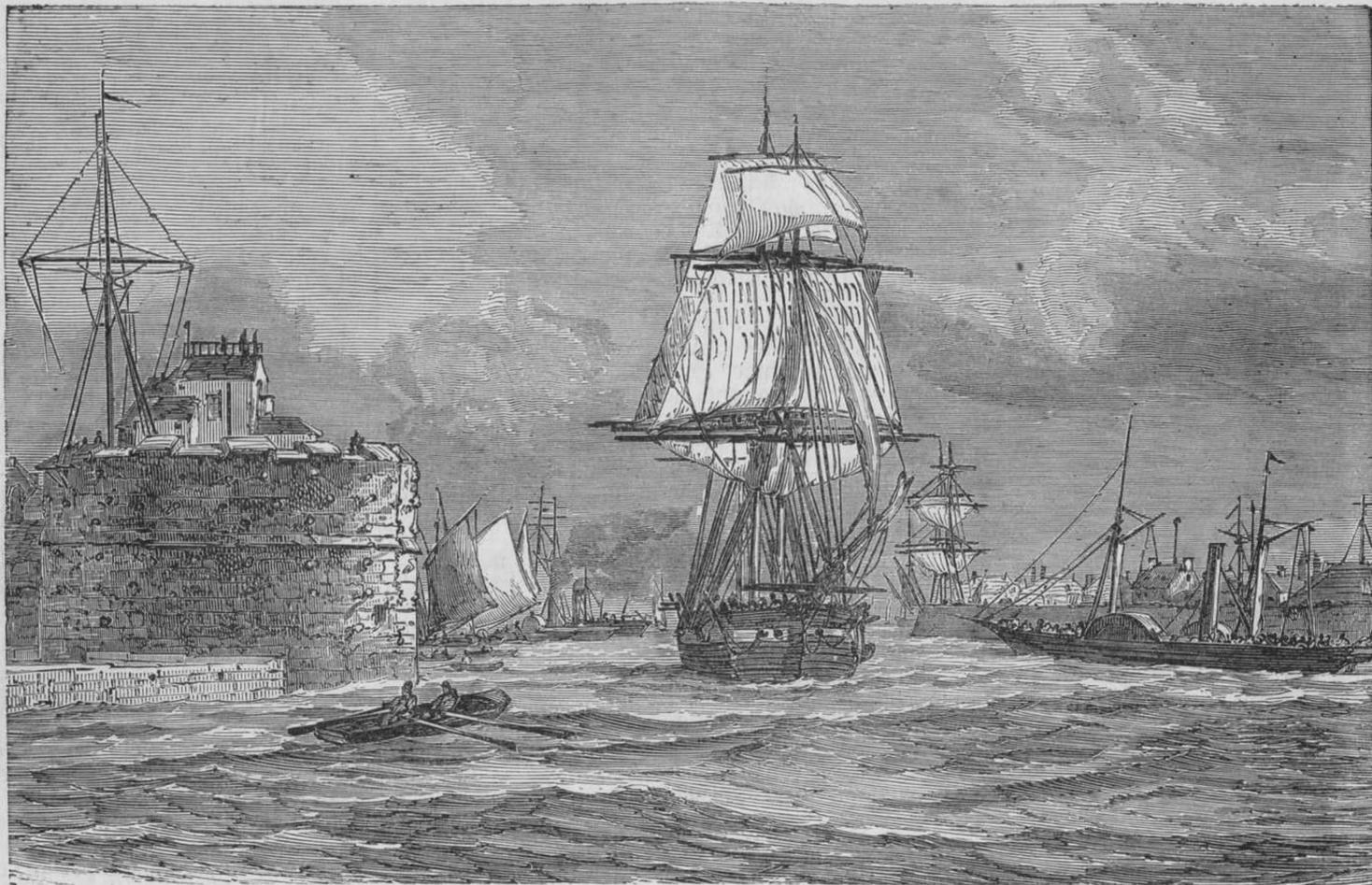
— Si pudiera lo haría; mas de una vez he pensado en ello. La fábrica pertenece á lord Luxmore que la arrienda á su mayordomo. Si se

podiera obtener un empleo de conmaestre ó de inspector...

(Se continuará.)

La entrada del puerto del Havre.—La dársena de la Florida.

La entrada del puerto [del Havre, existente hoy tal como se ve en nuestro dibujo, debe sufrir en breve gran-

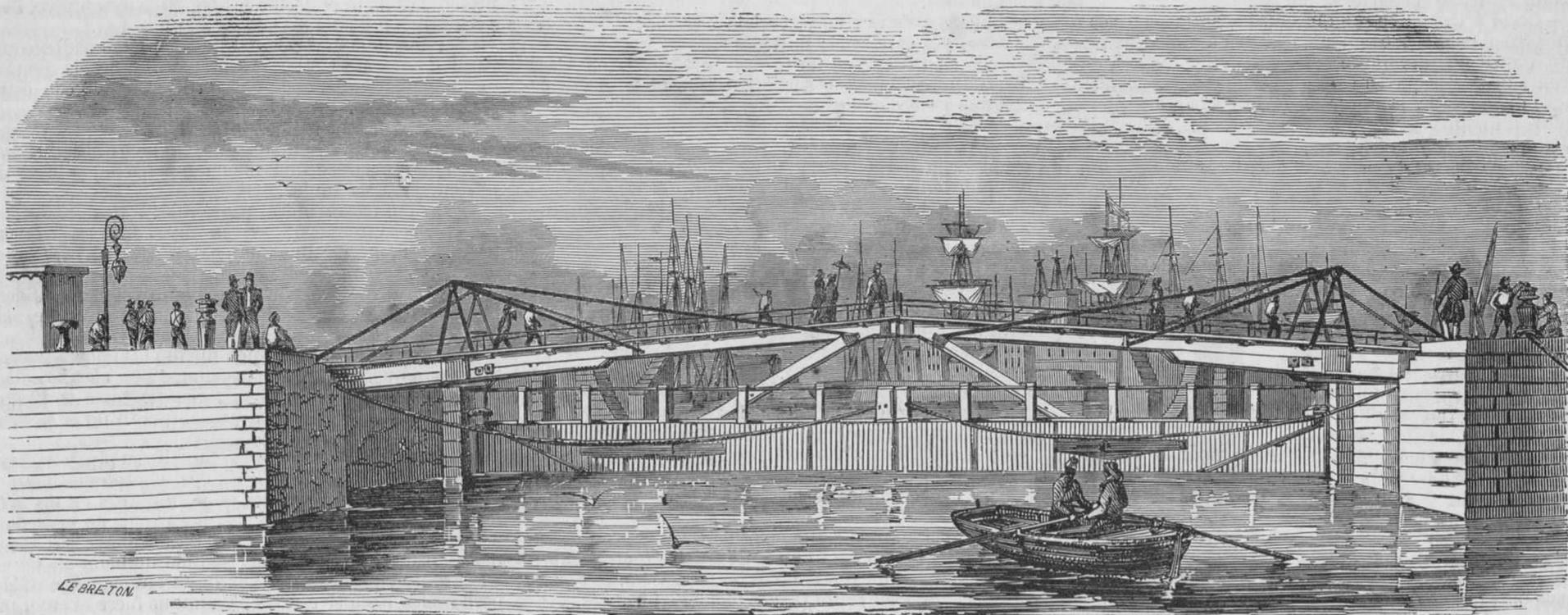


ENTRADA DEL PUERTO DEL HAVRE Y TORRE DE FRANCISCO I.

semana última con ánimo de pasar en Enderly algunos días. Pero por otra parte no hablaba de su mujer sino con cierta reserva, como si hubiese temido profanar su felicidad hablando de ella hasta con un amigo.

Sin embargo, al ver pasar un hermoso coche se volvió á mirarle, y dijo sonriendo:

— ¡Qué hermosos caballos! ¡Y á ella le gustan tanto!... ¡Pobre criatura! ¿Cuándo la podré regalar un carruaje? Quizá un día... ¿quién sabe?



LA DARSENA DE LA FLORIDA EN EL HAVRE.

des reformas. Ya está aprobado el plan de las mejoras que van á introducirse en el puerto del Havre, uno de los mas importantes de la Francia, y las obras que se deben emprender harán desaparecer el grueso torreón de Francisco I, que se destaca sobre el primer término de nuestro grabado.

También damos una vista de la dársena de la Florida en el mismo puerto, destinada desde hace años ya, á la navegación trasatlántica. La esclusa que pone esta dársena en comunicación con el antepuerto tiene 21 me-

tros de ancho y 50 de largo; está cerrada con puertas de madera colocadas como en las esclusas ordinarias.

Cada puerta tiene 12 metros de largo total; es curva por el lado que empuja el agua y plana por el otro. Tiene de grueso por enmedio un metro, y por cada extremo cincuenta centímetros. La parte llena que contiene el agua á 7^m 70 c. de altura, está formada por una serie de maderos verticales de 0^m 16 c. de grueso, apoyados en catorce traviesas horizontales de madera y dos de hierro batido; las traviesas de madera que tienen

0^m 84 c. de grueso en medio, se componen de dos ó tres piezas reunidas con hierro.

El peso total de una puerta es de 64,500 kil., ese es también el peso del agua que mueve; y como en agua viva se hunde completamente, su peso es entonces nulo; en agua muerta la parte llena puede llegar á dos metros, y la puerta pesa entonces 10,900 kilogramos.

La dársena tiene una profundidad de 48 c. mas grande que la de la esclusa, para que tenga adelanto sobre los enrasamientos.

La luz y las fotografías.

¡Oh luz!... ¡madre! de los siete colores, sombra de la mirada de Dios, noble fluido que alumbras el universo, que con tu resplandor das vida á todos los seres, que alegras el corazón del hombre, que desterrando las eternas tinieblas llenaste el espacio con tus rayos!... ¡oh luz!... ¿Quién te habia de decir que llegaría un día en

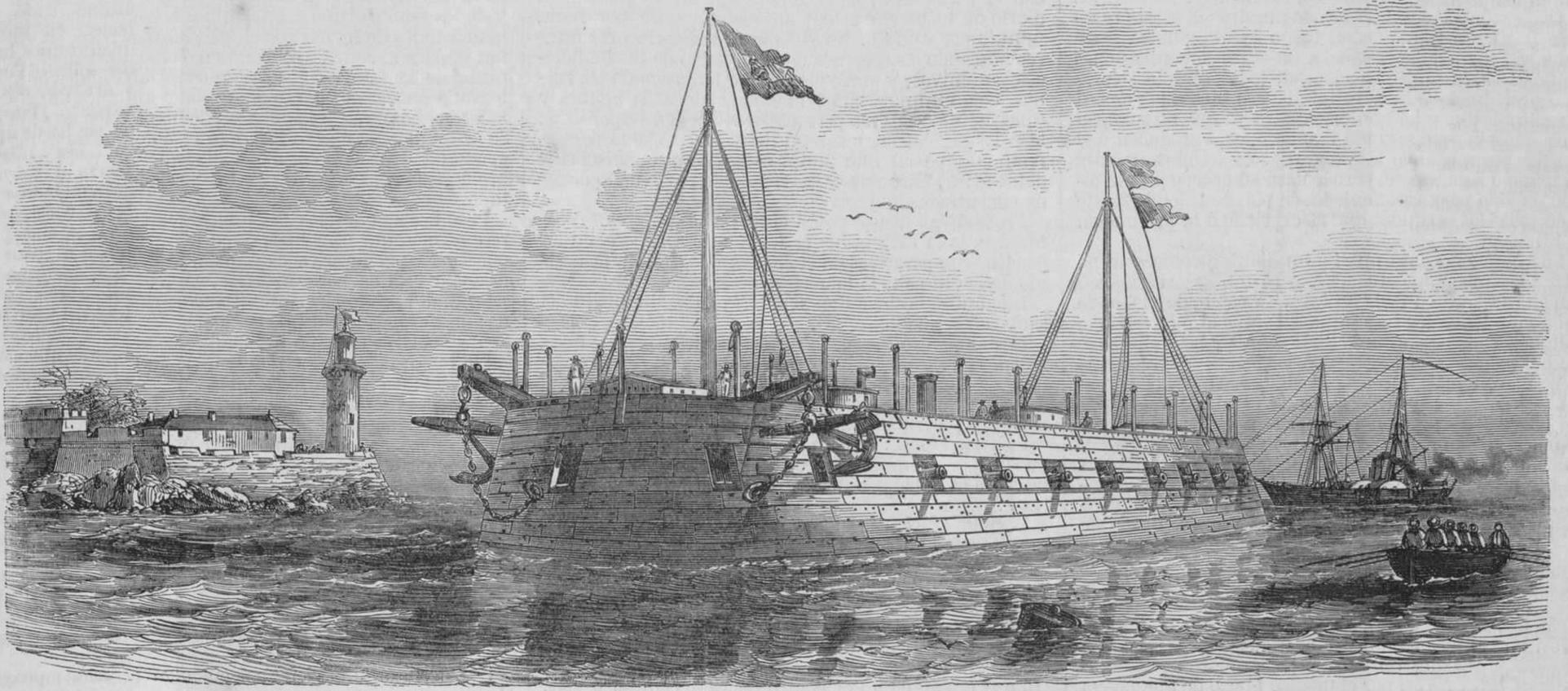
que?... Pero detente, pluma: alto, señor pensamiento, que según te remontas, no parece sino que vas á subir de un salto al mismísimo sol para pedirle cortésmente que te ilumine con su fuego. ¿Vas á cantar en versos alifonantes las hazañas, la grandeza, la sublimidad de la luz?

¡De la luz! ¡ah! si yo fuera gran poeta, si yo tuviera el genio de un Homero, de un Dante ó de un Byron, ¡cuántos cantares entonaría á la luz, cuánta cosa diría

sobre ella! Pero no tengo el genio de estos señores, ni soy poeta; soy un hombre como hay muchos, y por esta sencilla razon no entono trovanzas á la luz.

De seguro, mas de cuatro lectores me dirán: ¿qué cosa de lucimiento podría escribirse sobre la luz? ¿Hay cosa mas vulgar, mas plebeya, mas vista y revista por todo el mundo que la luz? ¿Qué podría Vd. decir de la luz? Nada, que alumbrá; hé aquí todo.

¡Todo, señor lector? ¡Ahí es nada! Escribiría la frió



BATERÍA FLOTANTE AUSTRIACA DELANTE DE VENECIA.

lera de un poema en treinta cantos. Ha de saber Vd., amable lector, que yo, que tengo mis ribetes de filósofo, pensando, cavilando, meditando he llegado á discurrir, que pocas cosas ejercen tanta influencia en nuestro siglo como la luz; de ninguna se saca tanto partido como de la luz; ninguna revela el espíritu de la sociedad moderna como la luz.

La edad de oro, así llamada precisamente porque este vil metal no se entrometía ni armaba tanto ruido como ahora, murió (si es que alguna vez existió). La edad de hierro tuvo la misma desgraciada suerte. El siglo del vapor como vapor se va desvaneciendo. El siglo presente nació hace poco, y los hombres al bautizarle le pusieron por nombre siglo de las luces.

Tiene Vd. razon, exclamará mi interlocutor. Vaya, pues diga Vd. algo sobre la luz.

Los siglos son como las personas: apenas hay dos iguales. Un hombre se parece á otro hombre en que tiene ojos y boca, manos y piés, etc. Así las sociedades en el fondo se asemejan. Todas tienen ciertos vicios y flaquezas comunes. Una generacion muere, viene otra, y otra despues de esta. Todo pasa en el mundo, todo varia. Los usos, las costumbres, los trajes, las leyes, las ideas, todo sufre alteracion: el corazón humano es siempre el mismo. La inteligencia progresa, crece, vuela, porque tiene alas: el corazón está encarcelado, el corazón es inmutable. Cada generacion piensa y vive de distinto modo; ¡todas sienten lo mismo.

Ahora bien, los hombres tienen en sus actos comunes ciertos móviles que pueden mas que su razon, móviles que constituyen el fondo de su carácter: estos son los caprichos. De la misma manera las sociedades tienen, aparte de sus vicios ó virtudes, una cosa que podemos llamar su manía, que bien mirado es la que constituye el espíritu del siglo. Llámese de esta ó la otra manera, una manía es la que decide la marcha de cada sociedad. Un historiador dirá: «el espíritu belicoso de esta época...» yo diría: «la manía de andar á trastazos y no dejar títere con cabeza de esta época...» Un filósofo diría: «el espíritu innovador, el espíritu científico de aquel siglo.» Y yo que soy filósofo y medio pondría en su lugar: «la manía de no dejar nada quieto y en su sitio,

de verlo todo y curiosarlo...» Pero basta de ejemplos; ya queda dicho que cada siglo tiene su manía.

La manía del siglo de las luces es la fotomanía. El sol y la luna apenas bastan ya para satisfacer las primeras necesidades de los hombres. Los siglos bárbaros, los tiempos sumidos en las tinieblas, tenían un sol y una luna como los que nos alumbran ahora. ¿Y cómo un siglo que se precia de sabio é ilustrado habia de estar á oscuras? Necesita luz; la claridad es su elemento: vea él claro y por lo demás vengan males.

La luz eléctrica es un pequeño sol disponible á cualquier hora. Haya eclipses, duérmase Febo y déjenos en

o al encendedor de luces de un teatro al desempeñar su brillante empleo! Paréceme estar viendo el vacío sumido en las tinieblas y oír la voz de Dios exclamando: *Fiat lux*, aunque me doy de calabazadas por saber de qué gasómetro sacó el Hacedor su luz que nunca se apaga, y con qué espíritu divino la encendió.

¿Pues y los fósforos? El hombre aprisiona la luz, el fuego, el calor, acaso la destruccion universal, en la cabezuela de un fósforo. ¡Qué poderoso es el hombre moderno! Cascante, con su fábrica de fósforos, es mas fuerte que Roma con sus ejércitos. Lizarbe, con sus cerillas, puede mas que Napoleon con sus cañones, y con los versos de sus cajas, mas que el bravo Tirteo con sus elegias.

¿Quién será capaz de ensalzar dignamente los quinqués y las bugías de la Estrella, que como estrellas alumbran? Adios, tristes pajuelas, pobres belones, miserables candiles, lumbreras de los pasados tiempos: adios, ya pertenecéis solo á la historia; el océano de la civilizacion os sumerge en sus olas luminosas y agitadas.

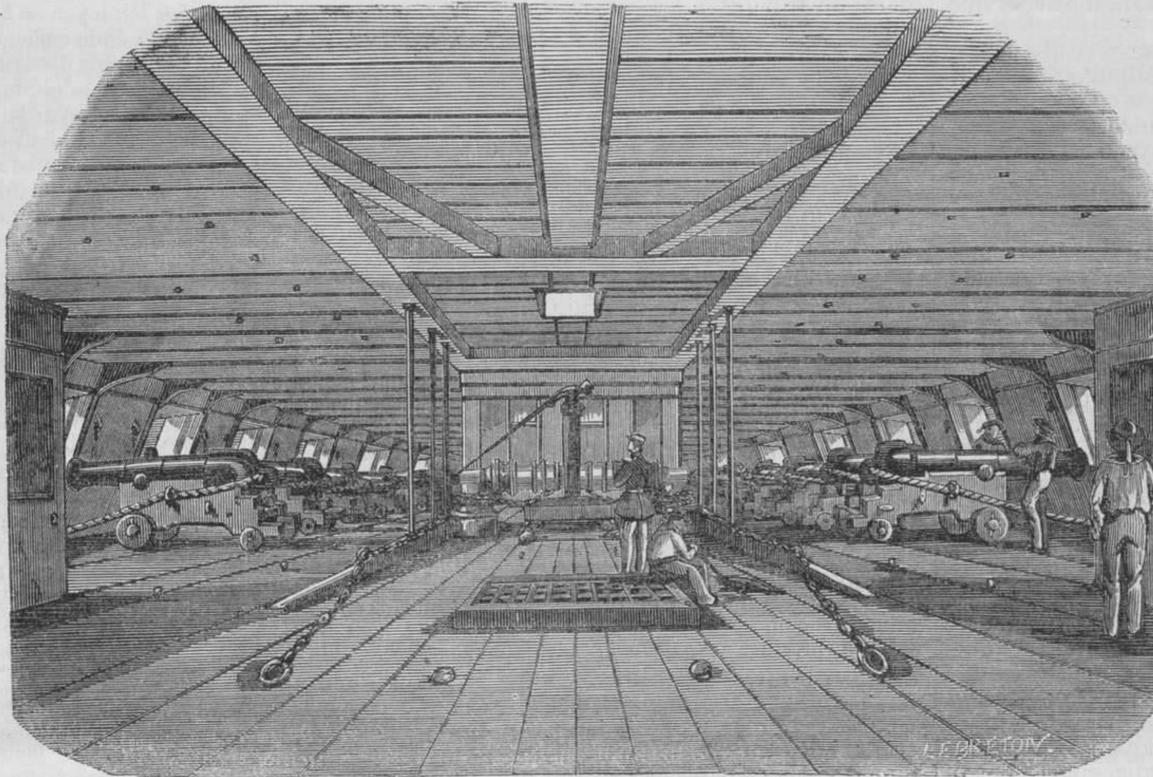
El siglo nada en luz, todo se convierte en luz. El entendimiento se ha vuelto luz, la razon y el instinto se llaman hoy día la luz de la razon, la luz natural. De suerte que la cabeza humana se ha convertido en una farola y el alma en una lámpara de tres mecheros, que son: el de la memoria, el del entendimiento y el de la voluntad. Hablando científicamente, podemos decir: la fopsiche ó luz del alma se divide en tres, llamadas fotomemoria, fotoentendimiento y fotovoluntad.

Si yo fuera hombre erudito, publicaría un *Tratado de fotografía universal*, ilustrado con estampas iluminadas para mayor claridad.

Pero, paciente lector, perdona si te ofusco y mareo con dar tantas vueltas á la luz. Cómo ha de ser: todos los principiantes somos amigos de escribir mucho y no decir nada. Abre los ojos y lee, que ahora viene lo bueno.

Cuando el sapientísimo rey Salomon dijo *nihil novum sub sole*, muy lejos estaba de sospechar que llegase un día en que todo fuera nuevo debajo del sol. En el siglo XIX todo es nuevo (á lo menos á la vista) y entre lo nuevo lo mas nuevo la fotografía.

Pobre Daguerre, autor del mas prodigioso invento, un



INTERIOR DE LA BATERÍA.

tinieblas un año justo y cabal, que los hombres sabremos burlarnos de él y le diremos: duerme, duerme, perezoso, que maldita la falta que nos haces mientras tengamos electricidad disponible. ¿Y qué diremos del gas? ¿Hay nada mas sublime que el gas? Como la sangre corre por las venas, corre él por las calles debajo de nuestros piés, sin que le sintamos, sin decir esta boca es mía, y sin embargo, es el germen misterioso de la luz que nos libertará de mil coscorrones y malos encuentros. ¡Con qué admiracion contemplo á un farolero

nombre griego, un nombre científico eclipsa el tuyo. No se puede decir Iliada sin decir Homero; Eneida sin pronunciar el nombre de Virgilio; no se puede hablar del Pasmio de Sicilia sin acordarse de Rafael. Colon descubre un nuevo mundo y este se llama América. Newcomen inventa la primer máquina de vapor; Watt la perfecciona y nadie se acuerda de ellos. Esto prueba que la utilidad es enemiga de la gloria, y que los hombres son tan ingratos que estiman en más al que les canta cuatro mentiras que al que les hace diez beneficios.

Es la fotografía el arte de reproducir los objetos por medio de la luz. Todo en el día se reproduce. Se reproducen los pueblos, los bosques, los montes, los edificios y las personas. Cada hombre de nuestros días está repetido lo menos veinte veces, luego la humanidad tiene un 2,000 por 100 de ganancia. De todas las operaciones aritméticas, la multiplicación (en todos sentidos) es la más practicada en nuestros días. Pero Dios dijo: creced y multiplicaos, y los hombres ahora ya que no se casan para cumplir este sagrado mandato, se reproducen a sí propios por medio de la fotografía. Un hombre no dará su mano a una mujer, pero le dará su cuerpo (sin su alma) en cien posturas. Sentado, de pié, de lado, de frente y en todas las actitudes que el capricho ó la presunción le inspiren.

Una mujer no dará un sí á un hombre como este no tenga lo suficiente para vivir, pero le dará su imagen (sin su corazón) en traje de casa, de paseo, de visita, de baile y en todos los trajes que la vanidad ó la moda le obliguen á ponerse. Nunca los hombres y las mujeres se dieron menos palabras, menos fe, menos amor; jamás se regalaron más retratos. El siglo es superficial y se contenta con las superficies. Un retrato está vacío, por eso puede darse: el pensamiento para juzgar lo que conviene, la razón para pensar con juicio los asuntos del amor, el corazón para tenerle encadenado y que obedezca al interés, el alma en su armario, le quedan al original. Un retrato no liga con lazos matrimoniales, ni obliga al hombre á hacer el disparate de casarse. Disparate es, y no pequeño, casarse para cargarse de un centenar de chiquillos; pero vamos, no hay que apurarse, que la fotografía enseña el arte de engendrar científicamente, no con el aparato del doctor Abraham Thomson, sino con la cámara oscura. Por tres duros se hace un hombre al revés, un hombre negativo, y el negativo engendra vestidos ya y calzados mil afirmativos, que son otros tantos *santi boniti barati* por el módico precio de una peseta cada uno.

¿Quién no se retrata en el día costando tan barato? Retratarse es una de las primeras necesidades de la vida, es un punto hasta de honor.

Hoy el primer deber de un hombre es ir á casa de un fotógrafo para que le libre de un compromiso que tiene con una señorita que le ha hecho la distinción de pedirle su retrato!... aunque (inter nos, prudente lector) ella ni se acuerda que tal hombre vive en el mundo, pero por pedir cualquier cosa, le pidió... su retrato.

La imprenta es la fotografía del pensamiento; la fotografía es la imprenta del cuerpo. Cada persona hace hoy diversas ediciones de sí mismo, y se da á luz en varios tamaños, que podemos llamar en folio, en octavo, etc., según las dimensiones de su retrato. Nunca se practicó la máxima de Sócrates mejor que en el día. Jamás el *nosce te ipsum* fué más seguido que hoy, pues merced á la fotografía cada mortal se conoce á sí mismo mejor que la madre que le parió.

Como Salustio dice de Catilina, que revelaba en su modo de andar las diversas pasiones que agitaban su ánimo, así, por la postura de un retrato se puede conocer la índole del original. Un presumido se retrata en una posición académica, un poeta mirando al cielo ó con un libro en la mano, un político con rostro grave y sentado en una poltrona, símbolo de su ambiciosa aspiración.

Gracias á la fotografía podrá todo hombre tener una especie de diario de su vida pública y privada. Un viejo podrá guardar en un libro la historia de su juventud: allí tendrá colocados los retratos de sus amadas por orden cronológico; de todos sus amigos y enemigos. ¡Qué consuelo será ver todo lo que fué y deleitarse en los recuerdos! La fotografía hace del pasado un presente. La fotografía es el encanto de la juventud y el alivio de la vejez, aunque también su desengaño.

Todas las cosas tienen su lado bueno y su lado malo. Males tiene la fotografía, pues inunda el mundo de retratos de personas feas; ayuda á urdir enredos, autoriza cosas *inautorizables*, es contraria á la economía doméstica, etc., etc., etc. Pero qué son tales pequeñeces ante su grandeza presente y su gloria futura?

No hay máxima más estúpida que la de *nihil admirari*. No admirar nada en el siglo XIX es lo mismo que no tener sentido común. ¿Hay nada más portentoso que un estereoscopio? Este instrumento que realiza los cuentos de encantamientos, es un cajoncito mágico que encierra dentro el mundo entero. Ya aparece en él un prado, ya un río, ya un castillo, ya una ruina, luego una mujer; pero todo con qué verdad! De buena gana pasearía uno por aquel prado del brazo de aquella mujer. Tal es la verdad de la visión. Con un estereoscopio viaja uno sin moverse de su silla. De Pekin salta uno á Washington sin sentirlo; del Nilo pasa uno al Niágara sin cansarse por tan larga travesía. Y este milagro se hace con dos cristales y la fotografía. Nuestra cabeza es también un estereoscopio lleno de visiones fantásticas que nos deleitan, pero se quita un cristal y adios una ilusión; aparece otro, huye en seguida, y abur una esperanza. Todos nuestros ensueños aparecen en la imaginación; viene don Desengaño, quita la imagen y nos

deja solo los dos cristales, ó sean los ojos, para ver la triste realidad de las cosas, las miserias de esta vida que es un pobre drama. Shakspeare la ha definido bien diciendo: *Life is as a poor player*.

Un estereoscopio es la imaginación materializada y la memoria hecha de carne y hueso.

En el día, y más si se vive cerca de un fotógrafo, hay que andarse con mucho cuidado y hacerlo todo á oscuras, porque si no los actos mas privados saldrán quizá á relucir en medio de la Puerta del Sol ó dentro de un estereoscopio.

La historia deberá infinito á la fotografía. Con ella y con el periodismo, cada generación dejará escrito un diario de todos sus actos; su historia hora por hora, minuto por minuto. No sudarán los historiadores futuros buscando documentos entre el polvo de las bibliotecas y archivos, y entre el *amarillo jaramago* de las ruinas. Cojan un moderno y bien encuadernado album, y conocerán á todos los personajes políticos é impolíticos: lean los periódicos, y sabrán todos sus actos al pormenor; aunque en este punto la abundancia misma de datos le impedirá pescar la verdad en el revuelto oleaje de encontradas opiniones.

Un fisiólogo futuro podrá observar los progresos ó deterioros de la raza humana (en punto á belleza) en los cuadros comparativos de la ciencia fotográfica. Este siglo de las luces todo lo aclara.

Dije antes, lector, que nada revelaba el espíritu del siglo como las fotografías.

El siglo (según muchos) es materialista, porque anda la *materia lista*. ¿Cuándo se dió más culto á la torpe materia que ahora? El hombre hoy se retrata una y mil veces, porque piensa en su cuerpo y no se acuerda del alma; porque quiere dejar su cuerpo á la posteridad, y su alma... que se las componga por allá como pueda; porque quiere que juzguen su forma *animal*, y no teme el juicio bueno ó malo que de la *espiritual* se haga.

El siglo es comercial. ¿Y qué es la casa de un fotógrafo más que una tienda de personas? ¡Cada individuo cuesta cuatro reales! Pronto se venderán por libras los mortales, y no tardaremos en ver vendedores de retratos ir gritando por las calles: « á veinte reales la libra de hombres y mujeres, viejos y niños, pobres y ricos, soldados, ministros, reyes, bailarines, acróbatas, músicos y danzantes.... ¡Qué bonitos!.... ¡Qué baratos!.... ¡Que se rematan! » Por cuatro reales se compra y vende una persona. Todo se vende en este siglo. Se compra y vende el talento, el saber, los servicios, los empleos, los honores; se compra y vende la hermosura y el honor; se compran y venden los maridos; en fin, todo se compra y todo se paga en este siglo *pagano* y comercial. El mundo actual es una gran feria.

El siglo es especulador. El sol siempre ha servido para calentar y alumbrar; hoy día es una fuente inagotable de riqueza. De cada rayo suyo se saca más partido que de un olivar ó una dehesa. En el día hay hombres que tienen su renta sobre la luz: renta que hace más que ninguna otra, díganlo si no los fotógrafos. La luz produce su tanto por ciento, ó por mejor decir, su ciento y tanto por ciento. El siglo es amigo de las contribuciones: los hombres son contribuyentes de los fotógrafos, y el sol, el pobre sol, el primero de todos ellos... y ¡oh ingratitud humana! nadie ha pensado en darle un título, y á los fotógrafos que le deben su riqueza, ya que no son *católicos* para sacar el dinero, no se les ocurriré hacerse güebras.

El siglo es revolucionario. ¿Y qué es cada fotógrafo más que un jefe de partido? Unos defienden á Laurent, otros á Martínez; hay quien dice que Disderi es el rey de la fotografía. Cualquiera de estos fabricantes de hombres aspira á gobernar y tiene sus partidarios. En España sobre todo, donde los partidos no son partidos, sino *partidas*, y donde las opiniones no son otra cosa que ambiciones, acontece en la fotografía como en la política. El fotógrafo mejor es el que da más retratos por menos dinero y... pero chiton, que Espronceda dice y con razón, que *son las comparaciones siempre odiosas*.

El siglo es democrático. La igualdad, esta palabra tan decantada (aunque por desgracia ilusoria), ¿quién la realiza más que la fotografía? Cualquiera de mis lectores que haya pasado por la Carrera de San Gerónimo habrá visto en la *Dalia azul* un escaparate con letrero, que dice: « Fotografías á 6 rs. » Allí, al lado de Garibaldi, habrá visto quizá á Francisco II, Gorschakoff al lado de Malakoff, Víctor Manuel debajo de Francisco José, un duque junto á un cómico, una actriz mano á mano con una princesa, la Ristori al lado de dos payasos. Allí están mezcladas todas las condiciones sociales: allí todos son iguales; todos ante el público valen lo mismo, 6 reales, y no hay diferencia de clases. Allí el enemigo perdona al enemigo, está á su lado y le mira en silencio. Allí reina una igualdad capaz de volver loco de alegría al más desesperado anarquista. La fotografía, solo la fotografía realiza milagros que no lograron Saint-Simon y sus secuaces con sus escritos. Aquel escaparate es una república más ideal que la de Platon. La *attraction passionnée* (hacia los 6 rs.) hace de aquello un delicioso y raro falansterio, mejor que el de Fourier. ¡Oh, si el mundo fuera aquel escaparate!... Pero aquel escaparate es también imagen de la muerte, es un cementerio de vivos *sin vida*. Solo la muerte realiza el milagro de la igualdad; la fotografía no le realiza, pero retrata á lo vivo los ensueños ideales cuanto irrealizables de la sociedad moderna.

El siglo es trabajador. Prueba, y no leve de ello, son los muchos aficionados, que dejando las comodidades, se convierten en retratistas por amor á las artes.

El siglo es de pólvora, la velocidad es su vida. Hoy todo se cuenta por millones, todo se anda por centenares de leguas, todo se mide por kilómetros, todo se hace en segundos, en medio minuto se hace un retrato; si tardase un cuarto de hora, ¿quién se había de retratar?... ¡qué pesadez!.... A mas, la exactitud matemática es indispensable en un siglo tan numérico y calculador, que tiene la regla de interés en la punta de las uñas, como suele decirse.

El siglo es curioso, curiosísimo, entrometido como una mujer chismosa, amigo de verlo todo. Por medio de la fotografía los hombres se conocen unos á otros. Todo en el día contribuye á hacer del mundo una gran casa, y de los hombres una gran familia. Los humanos se hablan á miles de leguas con el telégrafo eléctrico, se visitan gracias al vapor, se conocen como hermanos por medio de la fotografía. El siglo es sociable, pues la fotografía hace, que conociéndose como antiguos amigos, todos los hombres sean menos enemigos unos de otros. Se acusa al siglo de egoísta, pero el amor ajeno es más general. Dígalo si no la fotografía, que mueve al hombre á gastar cuatro ó seis reales por conocer á un prójimo.

Pero basta, que este artículo por lo extenso mas parece sermón que otra cosa; y en un siglo tan vivo hay que no ser pesado para dar gusto. Si la sociedad es caprichosa y le da por retratarse, ¿quién va á impedirselo? Siga el siglo su marcha: nade en luz en hora buena; quizá tendrá el fin de la mariposa. Retrátense las gentes: tal vez mañana se tapanán la cara por no verse.

La fotografía es el *fototipo* (por no decir prototipo) de la sociedad actual. La *fotomanía* es una nueva epidemia que á todos contagia, sobre todo á las personas del *beau monde*. Yo, autor de estos renglones, he tenido la flaqueza de ceder á la costumbre. El ejemplo puede mucho.

Acabemos, que si hubiera de decir cuanto se me ocurre, *tempus quam res maturia deserat*.

J. ALCALÁ GALIANO.

Una cacería en el Líbano.

(Conclusion.)

El halconero le desdeñó por enemigo pequeño; pero el emir mandó que se dejara ver la pluma del halcón joven. Aquel obedeció con aire contrariado.

Quita con celeridad la caperuza y el ave levanta la cabeza, tiende suavemente las alas, sacude un poco la fatiga, descubre al esparavan y se lanza contra él.

— ¡Bien volado! gritaron de todas partes, ¡bien volado!

En efecto, el aprendiz se portaba como maestro. Ganada la parte superior, se deslizó las alas extendidas, como sobre un plano inclinado. El fugitivo perdió la cabeza; veía á su enemigo; creía sentir ya su ávida garras; dió una vuelta desgraciada y precipitó él mismo su catástrofe.

Se oyeron dos gritos, uno de cólera, otro de angustia, después las plumas volaron por el aire: el esparavan había muerto.

Los despojos del vencido se abandonaron al vencedor: estas son las leyes de la guerra y de la caza.

Al ruido de la pelea, á los reiterados gritos de su pariente, se había levantado otro esparavan de entre las grandes yerbas del pantano. Oyóse en seguida un vuelo pesado; pero apenas su cabeza pasó el nivel de las cañas, sorprendido por la vista de hombres, caballos y perros, aparentó renunciar al aire libre, se dejó caer y quiso recobrar su asilo en el fondo de la maleza y de los juncos que se balanceaban encima de las aguas.

No se quería que el pájaro hiciese cama. El emir mandó disparar un tiro. El fugitivo reapareció desplegando sus anchos remos, estiró hácia atrás sus largas patas, y su largo cuello hecho S no permitió ver más que la cabeza, cogió el viento y como si hubiese deseado perderse en el espacio indefinido, se remontaba más y más.

El momento era crítico; el emir para esta segunda carrera designó el halcón rojo. Sacado á la luz, permaneció un segundo inmóvil en la mano del picador, su mirada circular abarcaba el horizonte. El halconero le indicó con el dedo la masa que ondulaba en el zenit. Da dos ó tres gritos de furor, bate el ala para asegurarse de su fuerza, abandonando la mano de que estaba pendiente, y después de haber rasado dos veces el agua en dos dilatados circuitos, toma un partido y con vuelo estridente como el silbido de una bala, sube en dirección vertical.

El esparavan adivina el peligro, se remonta y gana una nube.

El halcón se dispone á seguirle.

Ambos en esta lucha de velocidad desplegaban sus grandes recursos: los dos rivales eran dignos el uno del otro. Nada igualaba á la flexibilidad y fuerza de aquellas valientes aves: parecía que saltaban en una atmósfera elástica que les rechazaba, redoblando su potencia con cada empuje.

La vista más perspicaz solo distinguía dos manchitas microscópicas que alternativamente se juntaban, se separaban, volviéndose á encontrar y á huir.

De pronto las dos manchas se agrandaron; los dos puntos oscuros se aclararon; los dos pájaros cerrados en un estrecho núcleo se aproximaban á nosotros. El halcón se había colocado sobre el esparavan. Las uñas de aquel cortaron á este el camino del cielo; entonces para escapar ganó tierra. Las patas estiradas, el cuello alar-

Haman Ko-Yat (*ei día de los granos*). Pon-tso fué el primero que enseñó que se podían utilizar los granos y alimentarse con ellos.

El mismo Pon-tso es la divinidad del noveno día, y todo el que quiere obtener la felicidad, debe apresurarse á llevarle ofrendas el día del Mo-Yat (*día del lino*).

Como los europeos, los chinos se hacen visitas y regalos el día de año nuevo, y se envían grandes tarjetas de felicitación adornadas con un grabado en madera representando las tres felicidades principales que segun ellos pueden haber á un hombre en la tierra, á saber: un heredero, un empleo público (ó un ascenso) y una larga vida. Estas tres felicidades están indicadas por las figuras de un niño, de un mandarin y de un anciano acompañado de una cigüeña, emblema de la longevidad. Damos un *fac-simile* de una de estas tarjetas impresas por lo comun en papel encarnado. Los caracteres chinos que hay arriba significan: «Que florezca vuestra felicidad;» y los que están impresos al lado se traducen así: «Yo, Matso-Lang (nombre honorífico de Soaqua), os saludo humildemente.»

Salida de Marsella

DEL YACHT IMPERIAL LA «REINE HORTENSE,» CON LOS RESTOS MORTALES DE LA DUQUESA DE ALBA.

Anteayer, escriben de Marsella con fecha 23 de diciembre, vimos salir del puerto al yacht imperial la *Reine Hortense*, trasportando á España los restos mortales de la jóven é infeliz duquesa de Alba. La salida de Paris del fúnebre cortejo fué una escena muy conmovedora por el dolor que manifestó la emperatriz Eugenia. Ya se pudo juzgar en Argel el extremo cariño que unía á las dos hermanas, cuando la enfermedad de la duquesa. Un testigo de las fiestas dadas á SS. MM. me contaba que la preocupación de la emperatriz era incesante, y que despues de haberse excusado de asistir al baile, cuando vino el

momento de colocar la primera piedra del *boulevard* que debe llevar su nombre, fué presa de un triste pronóstico que no pudo dominar. «¡Dios mio! exclamó, ¡qué será de mi hermana á estas horas! Parece que estoy cerrando su tumba,» y dejando caer la llana ó paleta de albañil que tenia en sus manos, casi se desmayó. Toda la concurrencia tomó parte en el sentimiento de la emperatriz, y muchas lágrimas corrieron con las suyas.

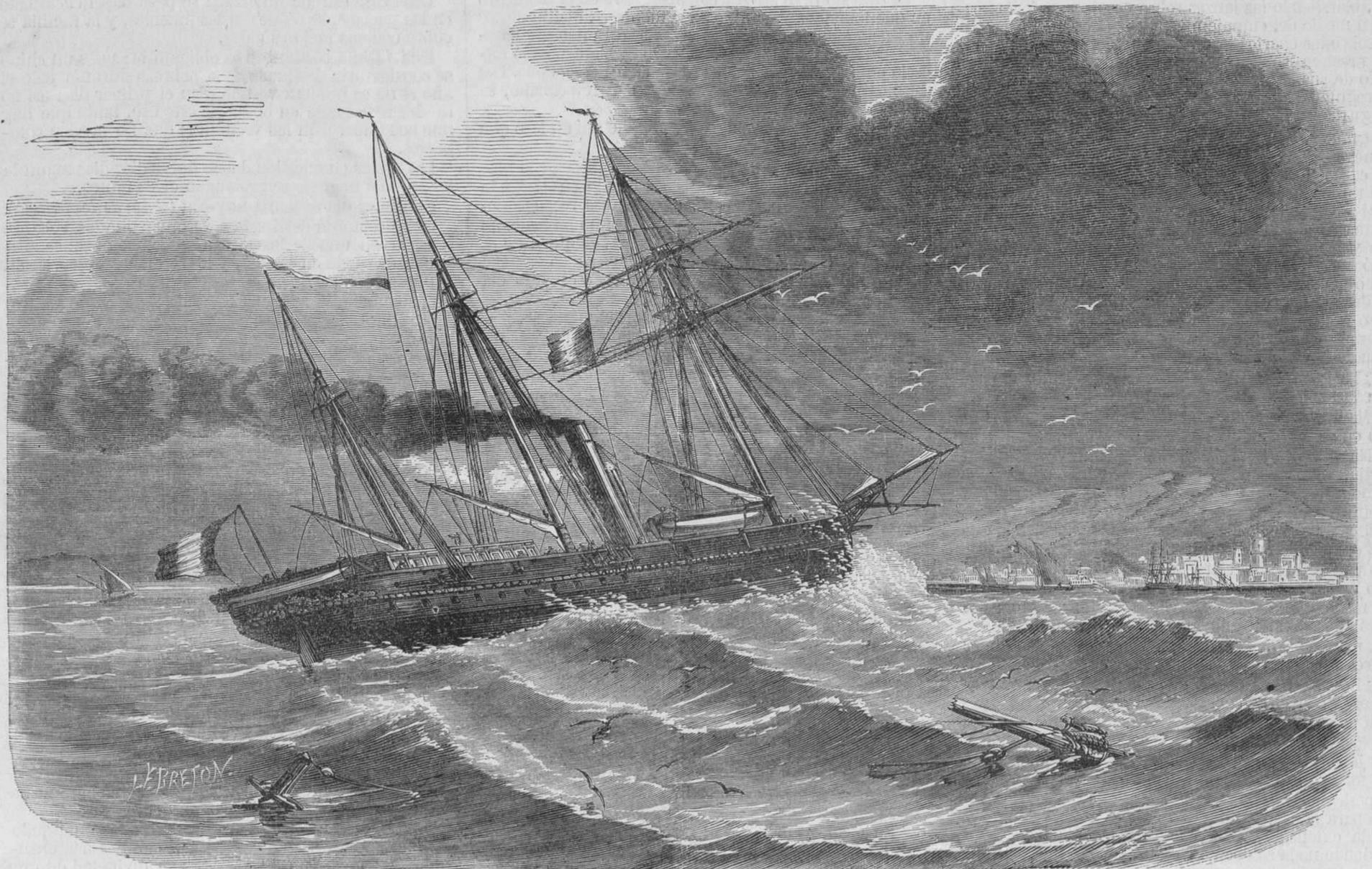
El presentimiento de S. M. no era falso. La duquesa ya no existía, pero se ocultó la verdad á la emperatriz hasta su vuelta á Francia. Su desesperación entonces fué inexplicable. Pidió muchas veces ver el cadáver de su hermana, y el emperador se resistía á concedérselo, para ahorrar una prueba demasiado violenta á la sensibilidad de su augusta esposa. Por fin, vencido por sus instancias, consintió en acompañarla á la iglesia de Rueil, cerca de Paris, donde estaba depositado el cadáver al lado de la emperatriz Josefina y del de la reina Hortensia. La emperatriz quiso que se abriesen las cajas, y como la de plomo estaba cubierta con un cristal que dejaba ver el rostro de la difunta, se echó sobre aquel último obstáculo cubriéndolo de besos y lágrimas, y dirigiendo á los restos de su hermana palabras tan tiernas que conmovieron á todos los asistentes y despedazaron todos los corazones. Fué preciso abreviar aquella escena, que era superior á las fuerzas de la emperatriz.

El día que fué sacado el cadáver de la duquesa de la iglesia de Rueil para ser conducido á su última morada, la emperatriz lo esperaba en el tránsito delante del palacio de Saint-Cloud. Allí, de pié sobre la nieve, se adelantó, subió en el wagon fúnebre, donde se habia dispuesto una capilla, y quiso arreglarlo todo para el triste viaje, y despues de haber atado por sus propias manos algunas flores en el féretro, se despidió con nuevas y abundantes lágrimas.

Un mayordomo de la casa imperial, conde de Lezay-Marnezia, y dos capellanes acompañan el cadáver que á estas horas habrá desembarcado en Valencia.



TARJETA CHINA DE FELICITACION PARA EL DIA DE AÑO NUEVO.



SALIDA DE LA REINE HORTENSE TRASPORTANDO A ESPAÑA LOS RESTOS DE LA DUQUESA DE ALBA.